



*LA MUERTE DEL  
CAPITÁN FUTURO*

*ALLEN M. STEELE*

*COYLLUR*

*A.P.C.F.T.F.*

# **LA MUERTE DEL CAPITÁN FUTURO**

**Allen M. Steele**

**COYLLUR**

**APCFTF**

<http://www.coyllur.org/>

© 1995 por Allen M. Steele

Publicado en Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, octubre de 1995

## **LA MUERTE DEL CAPITÁN FUTURO**

**Allen M. Steele**

*El nombre del Capitán Futuro, el supremo enemigo de toda maldad y todos los malhechores, era conocido por cada habitante del Sistema Solar.*

*Ese joven aventurero, alto, alegre y pelirrojo de risa fácil y puños voladores era la implacable Némesis de todos los opresores y explotadores de las razas humanas y planetarias del Sistema. Había marcado una huella brillante a través de los nueve mundos en defensa del bien, combinando alegre audacia con inquebrantable decisión y dominio incomparable de la ciencia.*

*—Edmond Hamilton; El Capitán Futuro y el Emperador del Espacio (1940)*

Ésta es la verdadera historia de cómo murió el Capitán Futuro.

Estábamos cruzando el cinturón interior, navegando sin trabas hacia nuestra cita con Ceres, cuando se recibió el mensaje en el comunicador de la nave.

*—¿Rohr...? Rohr, despiértese, por favor.*

La voz que venía desde el techo era alta, oscura y agradable, tomada de uno de los viejos vídeos de Hércules<sup>1</sup> de la colección del capitán. Penetró en la oscuridad que mi habitación en la cubierta intermedia donde estaba durmiendo después de pasarme ocho horas de guardia sobre el puente.

Giré la cabeza para echar una ojeada a la terminal de computadora junto a mi litera. Unas líneas de código alfanumérico se desplazaban por la pantalla, mostrando la rutina del sistema de verificación y actualización que, como segundo oficial, se suponía que estaba observando siempre, incluso

---

<sup>1</sup> Reeves, Steve (1926-2000), actor, físico-culturista, consejero de buena salud y escritor. Desde la pantalla estimuló a miles al desarrollo físico. Interpretó en el cine a Hércules. Actualmente, existen miles de sociedades Steve Reeves International. (Nota del traductor)

cuando estaba fuera de servicio y muerto para el mundo. Sin embargo, no había mensajes de emergencia ribeteados en rojo; a primera vista, todo parecía completamente en orden.

Excepto la hora. Eran las 0335 Zulú, la mitad de la maldita noche.

—¿Rohr? —La voz era un poco más fuerte ahora—. ¿Señor Furland? Por favor despiértese...

Gemí y me di la vuelta.

—Está bien, está bien, estoy despierto. ¿Qué quieres, Cerebro?

El Cerebro. Ya era bastante malo que la IA de la nave se oyera como Steve Reeves; también tenía que tener un nombre tan estúpido como El Cerebro. En cada nave en la que había servido, la tripulación le había dado a su IA un nombre humano —Rudy, Beth, Kim, George, Stan, Lisa, por amigos, familiares o compañeros muertos—, o incluso apodos ingeniosos y conocidos como: Boswell<sup>2</sup>, Isaac<sup>3</sup>, Slim<sup>4</sup>, Flash<sup>5</sup>, Ramrod<sup>6</sup>, además de los habituales Hal<sup>7</sup> y Data<sup>8</sup> por el lado de la nostalgia. Una vez tuve un empleo en un remolcador lunar donde la IA era llamada Fughead —como en *Hey, Fughead, dame la grilla de tráfico para Estación Tycho*—, pero sólo un imbécil le daría a su IA un apodo tan absurdo como El Cerebro.

Nadie, excepto el Capitán Futuro, o sea... todavía no había determinado si mi actual jefe era un imbécil, o sólo un loco.

—*El capitán me pidió que le despertara* —dijo El Cerebro—. *Le quiere sobre el puente inmediatamente. Dice que es urgente.*

---

<sup>2</sup> Boswell, James (1740-1795), escritor y juriconsulto escocés, famoso por su biografía del doctor Samuel Johnson. (Nota del traductor)

<sup>3</sup> Asimov, Isaac (1920-1992), prolífico escritor de ciencia ficción, padre de Univac, el computador global. (Nota del traductor)

<sup>4</sup> SLIM, siglas de Skills and Learning Intelligence Module, módulo de destrezas y aprendizaje de inteligencia. (Nota del traductor)

<sup>5</sup> Flash Gordon, personaje de tiras cómicas creado en 1934 por el legendario Alex Raymond. (Nota del traductor)

<sup>6</sup> Máquina de una serie de dibujos animados que se transforma en un robot, "el arma milagrosa", y que es pilotada por cuatro seres humanos. (Nota del traductor)

<sup>7</sup> Nombre de la inteligencia artificial a bordo de la nave de 2001, *Odisea del Espacio*, obra de Arthur C. Clarke. (Nota del traductor)

Verifiqué la pantalla otra vez.

—No veo nada urgente.

—*Son órdenes del capitán, Sr. Furland.* —Los fluorescentes del techo lentamente comenzaron a brillar más detrás de los paneles rajados y polvorientos, haciéndome cerrar los ojos y cubrirlos con mi mano—. *Si usted no se presenta en el puente en diez minutos, le será descontada una hora de tiempo de servicio y se hará una marca en su tarjeta del sindicato.*

Amenazas así generalmente no me inquietan —todo el mundo pierde unas pocas horas o gana unas pocas marcas durante un viaje— pero ahora no podía permitirme un mal informe de servicio. En dos días más, la *TBSA Comet* alcanzaría Ceres, donde yo tenía programado unirme a la *Comercio Joviano*, que salía hacia Calixto. Había tenido mucha suerte de lograrlo y no quería que mi siguiente comandante me impidiera salir sólo debido a un mal informe de mi capitán anterior.

—Está bien —farfullé—. Diles que voy en camino.

Balanceé mis piernas sobre el costado y palpé a mi alrededor para ubicar dónde había dejado caer mi ropa. Podía haber cepillado mis dientes, afeitado, y realizado una buena meditación prolongada, para no mencionar un jarro del café y un mollete de la cocina, pero era obvio que no iba a conseguirlo.

La música empezó a rezumar de las paredes, una obertura orquestal que gradualmente subía el volumen. Me detuve con las pantorrillas a medio camino dentro del pantalón, mientras las cuerdas se disparaban hacia arriba, reuniendo fuerza heroica. Una ópera alemana. Wagner. *La fuga de las Valquirias*, por el amor de Dios...

—Córtalo, Cerebro —dije.

La música paró en medio de un acorde.

—*El capitán pensó que le ayudaría a despertarse.*

---

<sup>8</sup> Nombre del tripulante artificial en la serie Star Trek, Segunda Generación. (Nota del traductor)

—Estoy despierto. —Me puse de pie y terminé de levantarme el pantalón. En la luz débil, vislumbré un pequeño movimiento cerca del rincón de mi compartimiento junto al armario; por un momento estuvo allí, luego se había ido—. Hay una cucaracha aquí —dije—. ¿Quieres hacer algo sobre eso?

*—Lo siento, Rohr. He tratado de desinfectar la nave, pero hasta ahora he sido incapaz de localizar todos los nidos. Si usted dejara la puerta de la cabina sin cerrar mientras está ausente, enviaré a un zumbador dentro a...*

—No te preocupes. —Subí el cierre, me puse una camiseta y miré alrededor por mis zapatillas. Estaban debajo de mi litera; me arrodillé sobre la alfombra gastada y las alcancé—. Me cuidaré yo mismo.

El Cerebro no quería decir nada con ese comentario; solamente estaba tratando de librarse de otra plaga que se había colado a bordo de la *Comet* antes de que el carguero saliera de LaGrange Cuatro. Cucarachas, pulgas, hormigas, incluso algún ratón ocasional; se las arreglaban para subir a cualquier nave que regularmente llegaba a los espacio-puertos cerca de Tierra, pero nunca había estado en ninguna nave tan infestada como la *Comet*. Sin embargo, no iba a dejar la puerta de mi cabina abierta. Una de pocas reglas inviolables del sindicato de que todavía disfrutaba a bordo esta nave era el poder de cerrar mi cabina, y no quería darle al capitán una oportunidad de curiosear entre mis cosas. Él estaba convencido de que estaba llevando contrabando a Estación Ceres, y aunque tenía razón —dos quintos<sup>9</sup> de whisky de malta lunar, un regalo tradicional de abordaje para mi próximo oficial al mando—, no quería verter el buen licor por el sumidero debido unas reglas de la Asociación que nadie más se molestaba en observar.

Me puse los zapatos, me ajusté un cinturón utilitario alrededor de la cintura y salí de la cabina, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de mí con la huella dactilar de mi pulgar. Un corredor pequeño y ascendente me llevó más allá de las puertas cerradas de otras dos cabinas: estaban

---

<sup>9</sup> Cantidad de licor equivalente a la quinta parte de un galón de los Estados Unidos. (Nota del traductor)

señaladas como CAPITÁN y PRIMER OFICIAL. El capitán ya estaba sobre el puente, y supuse a Jeri con él.

Una escotilla llevaba al conducto central y a la transportadora. Sin embargo, antes de subir al puente me detuve en la cámara de oficiales para llenar un bulbo con café. La cámara estaba hecha un desastre: sobre la mesa habían dejado una bandeja de cena, envolturas de comida dispersas sobre el piso, y el pequeño robot-araña metido en el sumidero, luchando solitariamente contra la roñosa batería de cocina abandonada allí. El capitán había estado aquí recientemente; me sorprendía que no me hubiera emplazado a limpiar lo ensuciado por él. Al menos, había algo de café caliente en la jarra, aunque a juzgar por su olor y viscosidad tenía al menos diez horas de preparado; lo mezclé con azúcar y leche semi-ácida del refrigerador antes de verterlo en un bulbo.

Como siempre, las imágenes sobre las paredes de la habitación captaron mi mirada: reproducciones enmarcadas de portadas de antiguas revistas baratas de más de cien años. Las mismas revistas, desintegradas y de un valor incalculable, estaban empacadas y herméticamente encerradas dentro de un armario en las habitaciones del Capitán. Eran dibujos chillones de astronautas con cascos como peceras que peleaban contra aliens improbables y científicos locos que, a su vez, amenazaban a jóvenes mujeres con mucho busto y vestimenta transparente. Las fantasías adolescentes del siglo pasado —“Planetas en Peligro”, “Búsqueda Más Allá de las Estrellas”, “Sendero Estelar Hacia la Gloria”— y encima de todas ellas, impreso en una cinta ancha a través de cada una, un título...

## **CAPITÁN FUTURO**

### **Hombre del Mañana**

En ese momento, mi evocación fue interrumpida por una áspera voz que provenía desde el techo:

*—¡Furland! ¿Dónde está usted?*



—En la cámara de oficiales, Capitán. —Pellizqué del borde del bulbo y lo cerré con un catéter, entonces lo sujeté a mi cinturón—. Sólo tomando un poco de café. Estaré allá en un minuto.

*—¡Usted tiene sesenta segundos para llegar a su estación de servicio o le descontaré dinero de su último turno! ¡Ahora, apure su culo haragán hasta aquí!*

—Voy ahora mismo... —Salí de la sala por el corredor hacia el conducto central—. Sapo —susurré para mí mismo mientras cruzaba la escotilla fuera del alcance del oído del comunicador de la nave. ¿Quién está llamando haragán a quién?

Capitán Futuro, Hombre del Mañana. Que Dios nos ayude si eso era verdad.

\* \* \* \*

*Diez minutos después, una pequeña embarcación con la forma de una lágrima alargada surgió de un hangar subterráneo hacia la superficie lunar. Era la Comet, la nave súper-veloz de los Hombres del Futuro, conocida a todo lo largo y ancho del Sistema como la nave más veloz en el espacio.*

*—Hamilton: Llamando al Capitán Futuro (1940)*

Mi nombre es Rohr Furland. Para bien o para mal, soy un espacial, como mi padre y su madre antes de él.

Llámenlo tradición familiar. Mi abuela fue uno de los originales artesanos de rayos que ayudaron a desarrollar el primer satélite de energía en órbita terrestre antes de emigrar a la luna, donde concibió a mi papá como resultado de una única relación con un desconocido selenita que murió en una explosión tan sólo dos días después. Papá creció como un niño no deseado en Estación Descartes; se escapó a los dieciocho y viajó de polizón hacia la Tierra a bordo de un carguero de Skycorp; vivió como un perro extraviado en Menfis antes de ponerse nostálgico y de firmar con una compañía rusa que buscaba selenitas de nacimiento. Papá volvió a casa para

ver a la abuela en sus últimos años, peleó la Guerra de la Luna del lado de la Pax Astra y, no casualmente, conoció a mi madre que era geóloga en Estación Tycho.

Nací en el lujo de un departamento dos habitaciones debajo de Tycho en el primer aniversario de la independencia Pax. Me dijeron que mi papá celebró mi llegada emborrachándose con vino de luna barato y bailando con la matrona que me había entregado. Es notable que mis padres hayan permanecido juntos el tiempo suficiente para ver mi graduación en el campamento adecuado. Mamá regresó a la Tierra mientras que papá y yo nos quedamos en la Luna para recibir los beneficios de la ciudadanía plena en la Pax: tarjetas de oxígeno clase A, buenas para el aire aunque estábamos desempleados y absolutamente quebrados. Lo cual sucedía muy a menudo, en el caso de papá.

Todo lo cual hace de mí un perro callejero, un verdadero hijo de bastardo, mamando botellas de aire y caminando sobre la Luna antes de salir de mis pañales. En mi decimosexto cumpleaños me dieron la tarjeta del sindicato y me dijeron que buscara trabajo; dos semanas antes de mi decimoctavo cumpleaños, la sonda LEO que acababa de contratarme como cargador bajó en una pista de aterrizaje de Galveston, y con la ayuda de un exo-esqueleto caminé por primera vez sobre la Tierra. Pasé allí una semana, tiempo suficiente para romperme el brazo derecho caminando sobre una acera de Dallas, perder mi virginidad con una puta de El Paso, y pescar un maldito caso de agorafobia por todo ese panorama sin límites de Texas. Que toda la cuna de la humanidad se fuera al demonio con el caballo sobre el que montaba; cogí la siguiente nave para regresar a la Luna y cumplí los dieciocho con una torta de cumpleaños que no tenía velas.

Doce años después, ya había pasado por casi todos los trabajos que el sindicato podía conseguirle a alguien con mis calificaciones —ayudante de puerto, peón de carga, navegante, jefe de sistema vital, incluso un par de asignaciones como tercer oficial—, y en más naves de las que podía contar: desde remolcadores orbitales y cargueros lunares hasta transbordadores de pasajeros y transportes de minerales clase Apolo. Ninguno de estos empleos

había durado mucho más de un año; para garantizar la igualdad de oportunidades a todos sus miembros, el sindicato cambiaba a las personas de nave a nave, permitiendo que solamente los capitanes y los segundos a bordo permanecieran por más de dieciocho meses. Era un sistema odioso; antes de que uno se hubiera acostumbrado a una nave y a su capitán, era trasladado a otra y tenía que aprender todo desde el principio. O peor, uno se quedaba sin trabajo durante varios meses, lo que implicaba andar por algún bar de espaciales en Estación Tycho o Ciudad Descartes, esperando a que el representante local del sindicato moviera a algún otro tipo de su asignación actual y le diera a uno ese trabajo.

Era una vida, pero no era la gran vida. Tenía treinta años y todavía todos mis dedos, pero tenía algo de precioso dinero en el banco. Después de quince años de duro trabajo, lo más cercano a una dirección permanente era el armario de almacenamiento en Tycho donde guardaba mis pocas pertenencias. Entre los trabajos, vivía en hostales del sindicato en la Luna, ocupando una litera del tamaño apenas suficiente para persuadir a un gato o una prostituta. Incluso las putas vivían mejor que yo; a veces les pagaba para que me dejaran dormir en una cama decente para variar, y sin pensar en sexo.

Para hacerlo peor, estaba aburrido hasta la médula. A excepción de un viaje regular de ciclona hacia Marte cuando tenía veinticinco, había pasado toda mi carrera —demonios, toda mi vida—, viajando entre LEO y la Luna. No es una mala existencia, pero tampoco es grandiosa. No hay pocos pelmazos tristes vagando por las salas del sindicato, contando a cualquiera que escuche enormes mentiras sobre sus días gloriosos como lanzadores de rayos o exploradores lunares mientras se beben sus pensiones. Maldita sea si terminaba como ellos, pero sabía que si no salía de la Luna rápidamente, estaría arrastrando tanques de oxígeno líquido por el resto de mis días.

Mientras tanto, en el sistema exterior se estaba abriendo una nueva frontera. Cargueros de espacio interplanetario transportaban helio-3

desde Júpiter para alimentar los tokamaks<sup>10</sup> de fusión sobre la Tierra, y aunque la Reina Macedonia había puesto a Titán fuera de los límites por la Plaga, la colonia de Jápeto todavía estaba operativa. Pagaban buen dinero por un empleo en las naves grandes que hacían el viaje entre los gigantes gaseosos y el cinturón, y los afiliados que encontraban trabajo en las rutas de Júpiter y Saturno tenían garantía de contrato por tres años. No era lo mismo que hacer otro viaje entre la Luna y Leo cada tantos días. Los riesgos eran más grandes, pero también la paga.

La competencia por un trabajo en las naves del sistema exterior era dura, pero eso no me detuvo y lo solicité de todos modos. Mi hoja de quince años de servicio, con pocas quejas de capitanes anteriores y un viaje regular a Marte a mi nombre, me ayudó a superar a la mayoría de los otros solicitantes. Mantuve un trabajo como un ayudante de carga por otro año mientras esperaba, pero al final el sindicato me sacó y me dejó colgado en el Bar de Sentimental Joe en Tycho. Seis semanas después, justo cuando estaba considerando la alternativa de firmar como operador de tractor en el proyecto de construcción del Domo Clavius, llegó el dato: la *Comercio Joviano* necesitaba de un nuevo oficial ejecutivo, y mi nombre había sido sacado del sombrero.

Había solamente un problema. Debido a que la *Comercio* no entraba en el sistema más acá de Ceres, y porque el sindicato no garantizaba el pasaje hasta el cinturón como parte del trato, tendría que viajar a bordo un clíper —fuera de cuestión ya que no tenía dinero—, o encontrar un trabajo temporal en un carguero que saliera hasta los asteroides.

Está bien, estaba deseando hacerlo, pero también había otra complicación: pocos cargueros tenían empleos disponibles para selenitas. La mayoría de las naves que operaban en el cinturón principal eran propiedad de Transient Body Shipping Association, y los capitanes de la TBSA preferían contratar tripulaciones de otras embarcaciones de la cooperativa y no de mi sindicato. Tampoco querían firmar con un tipo que solamente haría el viaje

---

<sup>10</sup> Cámara de forma toroidal utilizada en investigaciones sobre fusión; el plasma es calentado y confinado en contenedores magnéticos. (Nota del traductor)

de ida, porque lo perderían en Ceres antes de la mitad del viaje.

Eso me explicó el representante del sindicato cuando me reuní con él en su oficina en Tycho. Schumacher era un viejo amigo; él y yo habíamos trabajado juntos a bordo de un remolcador de LEO antes de que el sindicato lo contratara como su representante en Estación Tycho, así que conocía mi cara y estaba tratando de romper la tensión.

—Mira, Rohr —dijo, apoyando sus mocasines sobre el escritorio—, he aquí el dato. Estuve averiguando por un bote que te llevara, y encontré lo que estabas buscando. Un carguero de mineral clase Ares, sale hacia Ceres... a decir verdad, ya está atracado en LaGrange Cuatro y listo para salir tan pronto como su capitán encuentre un nuevo segundo.

Mientras hablaba, Schumacher mostró una holo de la nave que giró en el tanque encima del escritorio. Era un transporte de roca estándar: ochenta y dos metros de longitud, con un motor nuclear de corazón gaseoso en un extremo y un módulo de tripulación de forma cilíndrica en el otro, unidos en el centro por una larga y angosta espina, y bodegas de carga abiertas. Un remolcador considerable, realmente; nada de él era poco familiar o desalentador. Le di un trago al matraz de whisky que él había sacado del cajón del escritorio.

—Grandioso. ¿Cuál es su nombre?

Vaciló.

—La TBSA *Comet* —dijo de mala gana—. Su capitán es Bo McKinnon.

Me encogí de hombros y le devolví el matraz.

—Entonces, ¿dónde está la trampa?

Schumacher parpadeó. En lugar de tomar un trago del whisky, tapó el matraz y lo devolvió al cajón.

—Déjame repetirlo —dijo—. La *Comet*. Bo McKinnon. —Se quedó mirándome como si hubiera pescado la Plaga de Titán—. ¿Me estás diciendo que nunca has oído hablar de él?

No me mantenía al corriente de los cargueros de la TBSA o de sus

capitanes; volvían a la Luna una vez cada pocos meses para dejar caer su carga y cambiar de tripulación, así que pocos selenitas los veían a menos que se estuvieran emborrachando en algún bar.

—No tengo idea —dije.

Schumacher cerró sus ojos.

—Terrible —murmuró—. El único tipo que nunca ha escuchado hablar del Capitán Futuro y tenías que ser tú.

—¿Capitán quién?

Me miró.

—Mire, olvídate de todo, ¿quieres? Finge que nunca lo mencioné. Hay otro transporte de roca que sale a Ceres aproximadamente dentro de seis o siete semanas. Hablaré con la Asociación, trataré de conseguirte un trabajo en ése a cambio...

Sacudí la cabeza.

—No puedo esperar otras seis o siete semanas. Si no estoy en Ceres en tres meses, perderé el contrato en la *Comercio Joviano*. ¿Qué hay de malo con este trabajo?

Schumacher suspiró mientras volvía a buscar el matraz dentro del cajón.

—Lo que hay de malo —dijo—, es el loco que está al mando. McKinnon es el peor capitán en la Asociación. Nadie que se ha embarcado con él alguna vez, se quedó a bordo, excepto tal vez el ojo-hinchado que ha tomado como segundo a bordo.

Me tuve que morder la lengua cuando dijo eso. Éramos amigos, pero el racismo no es un rasgo atractivo. Sí, los Superiores pueden ser raros —sus ojos, para comenzar, que es la razón por que algunas personas les llaman por ese nombre—, pero si alguien también usa palabras como negro, cojo, ruso o latino para describir a las personas, entonces no es amigo mío.

Por otro lado, cuando uno está ávido de trabajo, aguantará absolutamente todo.

Schumacher leyó la expresión en mi cara.

—No es tanto así —dijo apresuradamente—. Tengo entendido que el primer oficial está bien. —*Es decir, para ser un ojo-hinchado*, aunque no lo dijo en voz alta—. Es el mismo McKinnon. La gente ha saltado de la nave, se ha enfermado, ha roto sus tarjetas del sindicato... cualquier cosa para salir de la *Comet*.

—¿Tan malo es?

—Así de malo. —Tomó un largo trago del matraz, tosió, y me lo pasó a través del escritorio—. Oh, la paga es buena... salario mínimo, pero por los estándares de la Asociación que es mejor que la escala del sindicato... y la *Comet* cumple con todos los requisitos de seguridad, o por lo menos a la hora de la inspección. Pero McKinnon está funcionando con un tanque con menos de la carga total, si entiendes lo que quiero decir.

No bebí del matraz.

—No, hombre, no sé qué quieres decir. ¿Qué pasa con ese... cómo lo llamaste?

—Capitán Futuro. Así es como se llama a sí mismo, Cristo sabe por qué. —Sonrió—. No sólo eso, también llama El Cerebro a su IA...

Me reí con ganas.

—¿El Cerebro? ¿Como qué? ¿Tiene un cerebro flotando en un pote? No lo entiendo...

—No lo sé. Es un fetiche de alguna clase. —Sacudió la cabeza—. De todos modos, todos los que han trabajado para él dicen que se piensa que es una especie de héroe del espacio, y que espera que todos se hagan a la idea. Y se supone que es realmente estricto con la tripulación... podrías pensar que es un perfeccionista si no fuera tan repugnante y ordinario.

Ya había trabajado para ambas clases, y también para algunos chiflados. No me molestaban, mientras el dinero fuera correcto y no se metieran en mis asuntos.

—¿Alguna vez lo conociste?

Schumacher extendió la mano; le pasé el matraz y tomó otro trago.

Debe ser la vida, sentado sobre su trasero todo el día, emborrándose y determinando el futuro de las personas. Le envidiaba tanto que esperaba que algún generoso me cortara la garganta si estuviera en su puesto.

—No —dijo—. Nunca. Pasa todo el tiempo en la *Comet*, incluso cuando regresa aquí. Casi nunca deja la nave, por lo que me han dicho... y eso es otra cosa. Tipos que han trabajado para él dicen que espera que su tripulación haga todo excepto secarle el culo después de visitar el lavabo. Nadie consigue un descanso en su nave, excepto tal vez su primer oficial.

—¿Y qué pasa con él?

—Ella. Buena chica, se llama... —Pensó un momento y luego chasqueó los dedos—. Jeri. Jeri Lee-Bose, eso es. —Sonrió—. La conocí una vez, no mucho antes de que se fuera a trabajar en la *Comet*. Es dulce, para ser un ojo-hinchado.

Hizo un guiño y bajó un poco la voz.

—Escuché que tiene una cosa para nosotros los simios —murmuró—. En realidad, me han dicho que está durmiendo con su capitán. Si la mitad de lo que oí sobre McKinnon es verdad, esto lo hace dos veces más enfermo.

No respondí. Schumacher dejó caer sus pies y se inclinó hacia el escritorio, entrelazando sus dedos mientras me miraba de frente.

—Mira, Rohr —dijo, tan mortalmente serio como si estuviera discutiendo mi solicitud de matrimonio con su hermana—, sé que estás trabajando a corto plazo y cuánto significa el trabajo en la *Comercio Joviano* para ti. Pero tengo que decírtelo: la única razón por la que incluso el Capitán Futuro consideraría subir a bordo a un trabajador a corto plazo es porque nadie más trabajará para él. Está tan desesperado como tú, pero no doy una mierda por él. Si quieres volverte atrás, no lo añadiré a tu tarjeta y salvaré su lugar en la fila. Sólo quedará entre tú y yo. ¿De acuerdo?

—¿Y si lo rechazo?

Movió la mano en vaivén.

—Como dije, puedo tratar de conseguirte otro empleo. Se supone que la



*Reina de Níquel* llega en unas seis semanas. Tengo cierta influencia con su capitán, así que tal vez pueda conseguirte un trabajo allí... pero a ser sincero, no puedo prometer nada. La *Reina* es una buena nave y todos los que conozco quieren trabajar en ella, tanto como que nadie quiere estar a menos de un kilómetro de la *Comet*.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga?

Schumacher sólo sonrió y no dijo nada. Como mi representante del sindicato, tenía legalmente prohibido tomar cualquier decisión por mí; como amigo, había hecho todo lo posible para advertirme sobre los riesgos. Sin embargo, desde ambos puntos de vista él sabía que yo no tenía ninguna opción real. Podía pasarme tres meses a bordo de una nave comandada por un psicópata dudoso, o el resto de mi vida masturbándome en la Luna.

Pensé en eso por algunos momentos, y luego le pedí el contrato.

\* \* \* \*

*Los tres Hombres del Futuro que eran los fieles compañeros y camaradas de toda la vida de Curt Newton hacían un sorprendente contraste con su jefe, joven alto y pelirrojo.*

—Hamilton; *Los Reyes de la Comet* (1942)

Una sexta parte de la gravedad desapareció mientras cruzaba a través de la escotilla de la transportadora y entraba en el puente.

El centro de comando de la *Comet* estaba ubicado en la cubierta delantera, que no giraba, del módulo de tripulación. El puente era el compartimiento más grande de la nave, pero incluso en caída libre era estrecho: había sillas, consolas, pantallas, armarios con trajes de emergencia, la mesa central de navegación con su tanque de holo y, en el centro del techo bajo, la protuberancia esférica de la burbuja de observación.

Las lámparas de techo estaban a baja potencia cuando entré —El Cerebro estaba imitando la noche terrestre—, pero podía ver a Jeri sentada

en su estación de servicio del otro lado de la cubierta circular. Miró a su alrededor cuando escuchó abrirse la escotilla.

—Buen día —dijo, sonriéndome—. Hey, ¿es eso café?

—Algo así —farfullé. Miró con envidia al bulbo en mi mano—. Lo siento, no te traje —añadí—, pero el Capitán...

—Está bien. Escuché a Bo gritándote. —Fingió enfado que no duró mucho—. Está bien. Puedo tomarlo más tarde, después de que hagamos el encendido.

Jeri Lee-Bose: seis pies y dos pulgadas<sup>11</sup>, que son poco para un Superior, y con los ojos exageradamente grandes de color azul oscuro, lo que daba ese apodo desagradable a los espaciales con ingeniería genética. Delgada y de pecho plano hasta el punto de verse demacrada, los dedos de sus manos ambidextras eran largos y esbeltos y los pulgares se extendían hasta casi las puntas de los índices. El pelo rubio ceniza estaba afeitado casi hasta el cráneo, excepto por la larga trenza que iba de la nuca hasta la base de su angosta espina dorsal donde comenzaban las piernas con articulaciones dobles.

La pálida piel de su cara mostraba tatuajes finamente grabados alrededor de los ojos, nariz y boca, formando las alas de una mariposa monarca. Se los habían hecho cuando naciera, y debido a que los Superiores añadían habitualmente otro tatuaje en los cumpleaños, y que Jeri Lee tenía ya veinticinco años, los pictogramas le cubrían la mayor parte de los brazos y hombros, constelaciones y dragones que tejían su camino por debajo y alrededor de la camiseta sin mangas que vestía. No tenía idea de qué más había debajo de la ropa, pero imaginé que estaba en camino de volverse una pintura viviente.

Jeri era extraña, incluso para ser una Superior. En primer lugar, su clase se separa generalmente de los Primarios, como cortésmente nos llaman a los seres humanos básicos (o simios, cuando no estamos por allí). Tienden a quedarse dentro de sus clanes familiares, sátrapas independientes que

acuerdan con la TBSA y con las mayores compañías espaciales solamente en caso de necesidad económica, así que era infrecuente encontrar a un Superior solitario trabajando en una nave de propiedad de un Primario.

Por otra parte, aunque había estado con Superiores la mayor parte de mi vida y no me dan escalofríos como les sucede a la mayoría de las marmotas e incluso a muchos espaciales, nunca comprendí el aire de superioridad distante que la mayoría de ellos exhibe ante los seres humanos no mejorados. Préstele atención a alguno por unos minutos y le retorcerán las orejas con la filosofía Superior de la evolución extrópica y toda esa palabrería. Sin embargo, Jeri era la placentera, y aun estafalaria, excepción de la regla. Tenía una predisposición dulce, y desde el momento en que vine a bordo de la *Comet*, me había aceptado como a un igual y como a un amigo recién descubierto. Sin rigidez, sin arengas sobre el celibato o la falta de sensibilidad de comer carne o hablar groserías; era una compañera y eso era todo.

No. Eso no era totalmente todo el asunto.

Cuando uno se salteaba el hecho de que era un espantajo con pies que funcionaban como un segundo par de manos y ojos del tamaño de válvulas de combustible, era sensual como un demonio. Era una mujer bonita, y me había enamorado de ella. Schumacher habría temblado ante la idea de acostarse con un ojo-hinchado, pero en las tres semanas desde que El Cerebro nos reviviera de los tanques zombis, hubo más de una vez en que mi deseo de ver el resto de su cuerpo excedía la simple curiosidad sobre el resto de sus tatuajes.

Sin embargo sabía muy poco sobre ella. Aunque adoraba mirarla, eso era superado por mi admiración por su talento innato como espacial. En términos de su destreza profesional, Jeri Lee-Bose era uno de los mejores primeros oficiales que había conocido. Cualquier Marina Real, TBSA, o capitán libre-comerciante habrían matado para contratarla.

Entonces, ¿qué diablos estaba haciendo a bordo una barcaza como la

---

<sup>11</sup> Aproximadamente 185 cm. (Nota del traductor)

*Comet*, al servicio de un tipo como Bo McKinnon?

Doblé las rodillas e hice medio salto mortal hacia atrás que terminó con las plantas de mis zapatos contra la alfombra. Con los pies ahora firmemente apoyados sobre el piso, crucé el compartimiento circular hasta la mesa de navegación, chupando el bulbo en mi mano izquierda.

—¿Dónde está el capitán? —pregunté.

—Arriba, tomando una lectura de sextante. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la burbuja de observación sobre nosotros—. Bajaré en un minuto.

Típico. Parte de la razón porque los Superiores han aumentado sus ojos es para el trabajo óptico, como observadores de sextante. Ésta debería ser tarea de Jeri, pero McKinnon parecía considerar a la ampolla como su trono personal. Suspiré mientras me acomodaba en mi silla y me abrochaba el cinturón.

—Debí haberlo sabido —murmuré—. Te despierta en medio de la maldita noche y luego desaparece cuando uno quiere una respuesta directa.

Su boca se frunció en un gesto simpático.

—Bo te dirá más cuando baje —dijo, entonces giró su silla para volver la atención a su tablero.

Jeri Lee era la única persona a bordo a quien se permitía llamar al Capitán Futuro por su verdadero nombre. Yo no tenía ese privilegio, y El Cerebro no había sido programado para hacer otra cosa. El cariño que había desarrollado por Jeri durante las pasadas tres semanas era atenuado por el hecho de que, en casi cualquier desacuerdo, generalmente se ponía de parte del capitán.

Obviamente, había otra cosa que ella sabía pero que no me estaba contando, y prefería dejar la cuestión a McKinnon. Me había acostumbrado a tal comportamiento durante las últimas semanas, pero todavía era irritante. La mayoría de los primeros oficiales actúan como intermediarios entre el capitán y la tripulación, y en ese sentido Jeri funcionaba bien, sin embargo en momentos como éste sentía que tenía más en común con El Cerebro que

con ella.

Que así sea. Hice girar mi silla para mirar hacia la mesa de navegación.

—Hey, Cerebro —grité—. Dame una holo de nuestra actual posición y trayectoria, por favor.

El espacio dentro del tanque de holo destelló brevemente, luego una rebanada del cinturón principal, con forma de arco, apareció encima de la mesa. Diminutos puntos de luz naranja representaban a los asteroides mayores que se movían despacio a lo largo de los cursos siderales azules, cada cual designado por el número de catálogo. La *Comet* estaba representada por una pequeña réplica plateada de la nave, dirigiéndose hacia el final de una línea roja de trazos que atravesaba las órbitas de los asteroides.

La *Comet* estaba cerca del borde del Tercer Hueco de Kirkwood, uno de los "espacios vacíos" en el cinturón donde las fuerzas gravitacionales de Marte y Júpiter provocaban que la cantidad de asteroides identificados disminuyera por cada fracción de unidad astronómica. Estábamos ahora en el tercio del Hueco, aproximadamente a dos y media U.A. del Sol. En otro par de días estaríamos ingresando en el cinturón principal y acercándonos a Ceres. En cuanto llegáramos, la *Comet* bajaría la carga que traía de la Luna, y a cambio, tomaría el mineral crudo que los exploradores de la TBSA habían extraído del cinturón para enviarlo a Estación Ceres. También era allí donde yo tenía programado dejar la *Comet* y aguardar el arribo de la *Comercio Joviano*.

Por lo menos, ése era el itinerario. Ahora, mientras estudiaba la holo, noté un cambio no tan sutil. La línea roja que señalaba la trayectoria del carguero había sido modificada desde el final de mi última guardia, aproximadamente cuatro horas antes.

Ya no atravesaba Ceres. A decir verdad, ni siquiera pasaba cerca de la órbita del asteroide.

La *Comet* había cambiado el curso mientras dormía.

Sin decir nada a Jeri, me desabroché el arnés y me incliné sobre la

mesa, donde miré silenciosamente la holo durante un par de minutos, usando el teclado para enfocar y agrandar manualmente la imagen. Nuestro nuevo curso nos llevaba a casi un cuarto de millón de kilómetros de Ceres, justo sobre el otro lado del Hueco de Kirkwood.

—Cerebro —dije—, ¿cuál es nuestro destino?

—*El asteroide 2046-Barr* —respondió. Mostró un nuevo punto naranja en el tanque, directamente delante de la línea roja de la *Comet*.

Los últimos restos de mi somnolencia se disiparon gradualmente en un latido de rabia candente. Podía sentir los ojos de Jeri en la espalda.

—Rohr... —empezó.

No me importó. Le di un golpe al botón del intercomunicador sobre la mesa.

—¡McKinnon! —bramé—. ¡Baje aquí!

Un largo silencio. Sabía que podía escucharme.

—¡Maldita sea, baje aquí! ¡Ahora!

Los motores gimieron en el techo sobre de mí; luego, la escotilla debajo de la burbuja de observación se abrió y la silla empezó a bajar hacia el puente, llevando al oficial al mando de la TBSA *Comet*. Cuando la silla llegó a la cubierta, la figura sentada sobre ella habló.

—Usted puede llamarme... Capitán Futuro.

En las antiguas revistas baratas que él adoraba tanto, el Capitán Futuro tenía seis pies y medio de altura, era duramente apuesto, de piel bronceada y cabello rojo. Nada de eso era aplicable a Bo McKinnon. Rechoncho y obeso, rellenaba la silla como media tonelada de manteca de cerdo. El pelo era rizado y negro y estaba volviéndose gris en las sienes; mugroso de caspa y retirado de la frente, caía sobre sus hombros, mientras que una barba aceitosa y desordenada rodeaba sus gordas mejillas del color de la cera mohosa. Había viejas manchas de comida sobre la delantera de su sudadera gastada y motas oscuras en la entrepierna de sus pantalones porque había fallado en sacudirse apropiadamente después la última vez que

visitara la cocina. Y olía como un pedo.

Si mi descripción parece dura, es porque no tiene errores: Bo McKinnon era un tipo feo, un horrible hijo de una puta, y he conocido montones de cerdos como él para juzgar en comparación. Tenía poco respeto por la higiene personal y muchos menos dones de roce social, no tenía proyectos de ser el modelo a imitar por alguien, y yo no estaba de humor para sus sandeces melodramáticas en ese momento.

—Usted cambió el curso. —Señalé el tanque de holo detrás de mí, mi voz temblorosa por la cólera—. Se suponía que saldríamos del Kirkwood en unas pocas horas, y mientras estuve dormido usted cambió el curso.

McKinnon me devolvió la mirada tranquilamente.

—Sí, Señor Furland, eso hice. Cambié la trayectoria de la *Comet* mientras usted estaba en sus habitaciones.

—Ya no estamos yendo a Ceres... Cristo, ¡no vamos a llegar a ningún lugar cerca Ceres!

No hizo ningún movimiento para levantarse de su trono.

—Eso es correcto —dijo, asintiendo despacio—. Ordené a El Cerebro que modificara nuestro curso con el propósito de interceptar a 2046-Barr. Encendimos los cohetes de dirección a las 0130, hora de la nave, y en dos horas más realizaremos otra rectificación de curso. Eso debe ponernos dentro del alcance del asteroide en unas...

—Ocho horas, Capitán —dijo Jeri.

—Gracias, Señorita Bose —dijo, apenas agradeciéndole—. Ocho horas. En ese momento la *Comet* estará asegurada para una acción de emergencia.

Cruzó las manos sobre su amplio estómago y me miró quejumbrosamente.

—¿Alguna otra pregunta, Señor Furland?

¿Otras preguntas?

Me quedé boquiabierto por algunos momentos. Era incapaz de hablar, de protestar, de hacer algo excepto asombrarme ante el absoluto descaro de

esta mutante amalgama de genes humanos y de rana.

—Sólo una —logré por fin articular—. ¿Cómo espera que me encuentre con la *Comercio Joviano* si nos desviamos a...?

—2046-Barr —dijo Jeri suavemente.

McKinnon ni siquiera parpadeó.

—No lo hará —dijo—. A decir verdad, ya he enviado un mensaje a Estación Ceres, diciendo que la *Comet* estará demorada y que nuestra nueva fecha de llegada es indefinida. Con un poco de suerte, llegaremos a Ceres en unas cuarenta y ocho horas. Usted podrá...

—No, no podré. —Me sujeté del brazo de su silla con ambas manos y me incliné hasta que mi cara estuvo a sólo una pulgada de la suya—. La *Joviano* tiene programado salir de Ceres en cuarenta y dos horas... y es en última instancia, si va a llegar a la ventana de lanzamiento hacia Calixto. Se irá, conmigo o sin mí, y si se van sin mí, quedo clavado en Ceres.

No. Eso no era completamente verdad. Estación Ceres no era como la Luna; era un reducto demasiado pequeño para permitir que un espacial naufragado sólo ande por allí sin hacer nada hasta que la siguiente nave del sistema exterior pase. El representante de la TBSA en Ceres me exigiría encontrar un nuevo empleo, incluso si eso implicaba firmar a bordo de un explorador como peón de carga. Esto era poco mejor que contratarme como aprendiz de esclavo, ya que mi tarjeta del sindicato no representaba una mierda aquí con relación a habitación, listas y suministro garantizado de oxígeno; mis pagas serían tragadas por todo lo anterior. Incluso entonces, no había garantía de que consiguiera trabajo a bordo del siguiente carguero a Júpiter o a Saturno; tuve bastante suerte al conseguir el trabajo en la *Comercio Joviano*.

Eso, o podía resignarme y volver de la manera en que vine —y eso implicaba quedarme a bordo de la *Comet* hasta su regreso a la Luna.

En este último caso, trataría de ir a casa cuanto antes.

Trate de comprenderme. Durante las tres últimas semanas, empezando por el momento en que salí del tanque zombi, he sido forzado a tolerar casi



todas las humillaciones posibles al servicio de Bo McKinnon. Su primera orden, a decir verdad, fue en la cubierta de hibernación, cuando me dijo que le quitara el catéter de su pene y que sujetara una bolsa para que él hiciera pis.

Ése había sido solamente el principio. Hacer guardias dobles en el puente porque era demasiado flojo para salir de la cama. Reparar un equipo decrepito que debía haber sido reemplazado muchos años atrás, sólo para que se volviera a averiar unos días después de haber abusado de él más allá de sus niveles de tolerancia. Recibir órdenes falsas por capricho, sólo para recibir la orden de cancelar antes de que la tarea estuviera a medio hacer porque McKinnon tenía otro trabajo secundario que quería que hiciera —para luego ser reprendido porque no había terminado la primera asignación. Comidas salteadas porque el capitán decidía que ahora era el momento de que fuera en EVA a inspeccionar las grúas en la bahía de carga. Descansos interrumpidos porque quería un refrigerio de la cocina y estaba demasiado "ocupado" para buscárselo...

Pero por encima de todo, el tono agudo y sibilante de su voz, como la de un mocosito consentido que ha recibido demasiados juguetes de un padre más que indulgente. Efectivamente, eso era exactamente.

Bo McKinnon no se había ganado su comisión en la TBSA. La había comprado para él su padrastro, un comerciante selenita adinerado que era uno de los principales accionistas de la Asociación. La *Comet* era un obsoleto carguero de mineral al borde de ser condenado y desarmado cuando el viejo lo compró para el niño, como un medio de sacarse de encima a su indeseable hijastro. Antes de eso, McKinnon había sido inspector aduanero en Descartes, un burócrata menor con ilusiones de grandeza alimentado con las típicas y baratas novelas espaciales de su colección de mohosas revistas del siglo XX, por la que aparentemente gastara cada crédito que tenía en el banco.

No hay dudas de que su padrastro estaba tan harto de McKinnon como yo. Por lo menos, de esta manera el ganso pomposo pasaba la mayor parte de su tiempo en el cinturón, arrastrando rocas y gritando órdenes a

cualquier desafortunado que hubiese sido persuadido a firmar para la *Comet*.

Todo esto había aprendido después de tres semanas a bordo. Para cuando le había enviado un mensaje a Schumacher, exigiendo saber qué otra cosa no me había dicho sobre Bo McKinnon, estaba casi listo para robar el bote de la *Comet* e intentar pilotarlo hasta Marte. Cuando Schumacher envió la respuesta, me dio una pobre disculpa por no contarme todo el trasfondo de McKinnon; después de todo, su trabajo era obtener tripulantes para las naves de espacio interplanetario, y no podía jugar contra los favoritos, que lo sentía mucho, etcétera...

Para entonces, había imaginado el resto. Bo McKinnon era un niño rico que jugaba a ser el comandante de una nave espacial. Quería el papel, pero no quería pagar el costo, la experiencia duramente ganada que cualquier verdadero comandante tiene que lograr. En cambio, se consiguió un embaucado como yo para hacer su trabajo sucio. No comprendía a qué arreglo había llegado con Jeri: en cuanto a mí, yo era el último en una larga línea larga de aduladores.

No robé el bote, aunque sólo porque habría arruinado mi carrera y los colonizadores de Marte son notablemente desagradables con los huéspedes no invitados. Además, me imaginé que era una cosa temporal: tres semanas de Capitán Futuro y tendría una historia para contar a mis compañeros de tripulación a bordo de la *Comercio Joviano* mientras tomáramos un whisky alrededor de la mesa de la cámara de oficiales. ¿Piensan que este capitán es un maldito? Hey, déjenme contarles sobre el último que tuve...

Ahora, todavía quería salir de la *Comet*, pero no deseaba ser abandonado en Ceres, donde quedaría a la más tierna merced del jefe de estación.

Era tiempo de probar una táctica diferente con el Capitán Futuro.

Solté los brazos de la silla y me eché atrás, tomando aire profundamente mientras me forzaba a recuperar la calma.

—Mire, Capitán —dije—, ¿qué hay tan importante en este asteroide?

Quiero decir, si usted ha localizado una posible mena, siempre puede reclamar el derecho con la Asociación y volver a por ella después. ¿Qué apuro tiene?

McKinnon levantó una ceja arrogante.

—Sr. Furland, no soy explorador —resopló—. Si lo fuera, no estaría comandando la *Comet*, ¿verdad?

No, respondí en silencio, usted no lo haría. Ningún buscador de rocas con dignidad lo tendría a bordo de su nave.

—¿Entonces, ¿qué es tan importante?

Sin una palabra, McKinnon se desabrochó su arnés y retiró la silla. La micro-gravedad es el gran igualador para los hombres con sobrepeso; flotó a través del angosto compartimiento con la gracia de un artista de trapecio lunar, dio un salto mortal en el aire y cogió un travesaño encima de la mesa de navegación, desde donde se balanceó cabeza abajo y escribió una orden en el teclado.

La holo se dilató hasta que 2046-Barr llenó el tanque. Ahora podía ver que era una roca con forma de patata, de aproximadamente tres kilómetros de largo y setecientos metros de diámetro. Una máquina con forma de pulpo se aferraba a un extremo del asteroide, con un cañón estrecho y alargado hacia el vacío.

Lo reconocí inmediatamente. Era un controlador de masas Clase-B de la General Astronautics, del tipo empleado por la Asociación para empujar grandes asteroides de condritos de carbono hacia el cinturón interior. Era en efecto una plataforma móvil de perforación minera. Largos taladros se hundían en el asteroide y extraían la materia prima de su centro, que luego era colocada dentro de la refinera con forma de barril donde los metales pesados y los volátiles eran separados de la piedra antigua. Los residuos eran entonces lanzados a través de un cañón electromagnético como masa de reacción que propulsaba a ambos, asteroide y plataforma, en la dirección deseada.

Para cuando el asteroide llegara a la órbita lunar, el equipo de

perforación habría refinado suficiente níquel, cobre, titanio, carbono, e hidrógeno para merecer el esfuerzo. Las sobras vacías del asteroide podían ser vendidas a una de las compañías, que entonces empezaría el proceso de transformarlo en otra colonia LaGrange.

—Es la TBSA *Oro del Tonto* —dijo McKinnon, señalando la imagen generada por la computadora—. Se supone que llegará a la órbita lunar en cuatro meses. A bordo hay doce personas, incluyendo al capitán, primer oficial, oficial ejecutivo, médico, dos metalúrgicos, tres ingenieros...

—Sí, está bien. Doce tipos que van a volverse ricos cuando se repartan las acciones. —No podía evitar la envidia en mi voz. Solamente uno de dos asteroides del cinturón principal entraban en el sistema cada pocos años, principalmente porque los exploradores no encontraban suficientes rocas que fueran dignas de tiempo, dinero y atención. Las más pequeñas eran generalmente destruidas por explosiones nucleares, y las mucho más grandes eran reclamadas y explotadas por los exploradores. Por otro lado, si el asteroide adecuado era localizado y reclamado, la buena racha alcanzaba para convertir a sus halladores en personas lo bastante adineradas para retirarse—. Entonces, ¿qué?

McKinnon se quedó mirándome por un momento, entonces hizo una voltereta lateral hasta ponerse patas abajo y rebuscó en un bolsillo. Me pasó un papelito impreso.

—Lea —dijo.

Leí:

MENSAJE 1473 - 0118 GMT 7/26/46 CODEA1/0947

TRANSMISIÓN DE ESTACIÓN CERES PARA REPETIR EN PRIORIDAD POR  
TODA NAVE ESPACIAL

COMIENZA MENSAJE

SEÑAL DE AUXILIO RECIBIDA 1240 GMT 7/25/46 DESDE TBSA  
CONTROLADOR DE MASAS "ORO DEL TONTO" pausa NAVE  
EXPERIMENTANDO PROBLEMAS DECONOCIDOS —REPITO DESCONOCIDOS  
pausa INFORMADAS BAJAS Y POSIBLES VÍCTIMAS MORTALES DEBIDO A

CAUSAS INDETERMINADAS pausa ESTADO DE LA NAVE DESCONOCIDO  
pausa NINGUNA COMUNICACIÓN DESPUÉS DE LLAMADA DE AUXILIO pausa  
NAVE DEJA DE RESPONDER pausa SE SOLICITA AYUDA URGENTE DE LAS  
NAVES MÁS CERCANAS DE CUALQUIER REGISTRO pausa POR FAVOR  
RESPONDER LO ANTES POSIBLE

FIN DEL MENSAJE

(TRANSMISIÓN REPITE)

0119 GMT 7/26/46 CODEA1/0947

Me volví hacia Jeri.

—¿Somos la nave más cercana?

Asintió con gravedad.

—Lo verifiqué. La única otra embarcación dentro del alcance es un explorador cerca de Gaspara, y está a treinta y cuatro horas de Barr. Todos los demás están más cerca de Ceres que nosotros.

Maldición.

De acuerdo con el derecho consuetudinario, la nave más cercana a una nave espacial que transmitiera una señal de auxilio estaba obligada a responder, a pesar de cualquier otra misión u obligación previa, en emergencia más extrema... y mi trabajo a bordo de la *Comercio Joviano* no calificaba como tal, a pesar que mucho me gustaría pensar lo contrario.

McKinnon extendió la mano. Le entregué el papel.

—Supongo que usted ya ha informado a Ceres que vamos en camino.

El capitán se acercó en silencio hasta otros paneles y presionó unos botones. Una pantalla plana se encendió, mostrando una reproducción de la transmisión que enviara a Estación Ceres. Una imagen del Curt Newton<sup>12</sup> de la ficción apareció en la pantalla.

—*Es el Capitán Futuro, llamando desde la TBSA Comet, registro México Alfa Foxtrot uno-seis-siete-cinco.*

La voz pertenecía a McKinnon aunque la cara apuesta no. El Cerebro había sincronizado la voz y los labios, y el efecto era tristemente absurdo.

*—He captado su transmisión, y estoy en camino a investigar la situación a bordo de la Oro del Tonto. Los Hombres del Futuro y yo lo mantendremos informado. Capitán Futuro, terminado y fuera.*

Gemí mientras miraba esto. El idiota no podía mantener su vida de fantasía fuera de todo, ni siquiera de una señal de socorro. Capitán Futuro y los —¡ay!— Hombres del Futuro al rescate.

—¿Tiene algo que decir, Señor Furland?

La barbilla peluda de McKinnon se había extendido hacia mí en lo que él probablemente pensaba que era un gesto de resolución obstinada, pero que realmente se parecía a la petulancia de un niño inseguro desafiando a alguien caminaba en su rincón del cajón de arena. Me di cuenta, no por primera vez, de que su única manera de relacionarse con las personas era mangonearles con la poca autoridad que podía reunir —y ya que ésta era su nave, nadie se podía oponer o abandonarle.

Y yo menos que ninguno.

—No, Capitán. —Me alejé de la mesa de navegación y floté hasta mi estación de servicio. Me gustara o no, estábamos comprometidos; tenía tanto la ley como la autoridad de su lado, y no iba a armar un motín por haber rechazado las órdenes de mi comandante de responder a una señal de socorro.

—Muy bien. —McKinnon se impulsó en dirección a la escotilla del transportador—. El sextante confirma que estamos en curso hacia Barr. Estaré en mi cabina si usted me necesita.

Se detuvo y miró por sobre su hombro.

—Usted necesitará activar el dispositivo de armas. Puede haber... problemas.

---

<sup>12</sup> Curt Newton, nombre del Capitán Futuro en la ficción. (Nota del traductor)

Luego se fue, indudablemente para recuperar el sueño perdido.

—Problemas, una mierda —murmuré por lo bajo.

Eché un vistazo hacia Jeri. Si esperaba un guiño astuto o una sonrisa de comprensión, no recibí nada por el estilo. Su cara estaba impasible detrás de la máscara de mariposa que llevaba; tocó su mandíbula, hablando en el micrófono implantado debajo de su piel desde la infancia.

—TBSA *Oro del Tonto*, ésta es la TBSA *Comet*, México Alfa Foxtrot uno-seis-siete-cinco. ¿Me recibe? Fuera.

Estaba entrampado a bordo una nave comandada por un demente. O así lo pensaba. La locura verdadera estaba aun por venir.

\* \* \* \*

*Los piratas espaciales no eran algo nuevo en el Sistema. Siempre había algunos corsarios infestando los asteroides proscritos o las lunas más salvajes de los planetas exteriores.*

—Hamilton: *Mundo Proscrito* (1945)

Algo bueno puede decirse acerca de soportar una segunda guardia consecutiva en el puente: finalmente aprendí un poco más sobre Jeri Lee-Bose.

¿No parecía sorprendente que hubiera pasado tres semanas de servicio activo a bordo una nave espacial sin escuchar la biografía entera de un compañero de tripulación? Si era así, comprenda que hay ciertos códigos de conducta entre espaciales; ya que muchos de nosotros tenemos pasados sucios de los que no hablaríamos, no se considera apropiado fastidiar a alguien sobre temas confidenciales, a menos que ellos mismos los saquen a colación primero. Por supuesto, algunos compañeros de tripulación lo aburrirán a muerte, chismorreando sobre lo que siempre han dicho, o hecho, hasta que uno quiere empujarlos por la esclusa neumática más cercana. Por otro lado, había conocido a ciertas personas por años sin jamás saber dónde habían nacido o quiénes eran sus padres.

Jeri caía en la última categoría. Después de ser revividos de bio-estasis, aprendí muchas pequeñas cosas sobre ella, pero no muchas grandes cosas. No era como si estuviera escondiendo su pasado conscientemente; sólo era que el tema no había aparecido durante las pocas veces que habíamos estado solos, sin la presencia del Capitán Futuro sobre nosotros. Efectivamente, ella podría haber terminado el viaje como una poco-conocida, si no hubiera hecho un comentario descortés.

—Apuesto que el egoísta hijo de puta nunca ha pensado en nadie más en su vida —dije.

Acababa de regresar de la cocina, donde había ido por dos bulbos de café fresco para nosotros. Todavía estaba dándole vueltas a la discusión que había perdido, y debido a que McKinnon no estaba a la escucha le canté las cuarenta a Jeri.

Ella sorbió su café pasivamente mientras yo refunfuñaba y gemía sobre mis desgracias, escuchándome pacientemente mientras iba de un lado al otro, vociferando sobre el dudoso equilibrio mental del oficial al mando, su fisonomía poco favorecedora, su cuestionable gusto en literatura, su olor corporal y cualquier otra cosa que me venía a la mente, y cuando hice una pausa para recuperar el aliento, finalmente puso su moneda.

—Él salvó mi vida —dijo.

Eso me pescó literalmente fuera de balance. Mis zapatos se despegaron de la alfombra, y tuve que sujetarme de un pasamanos del techo.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

Sin mirarme, Jeri Lee jugaba con el bulbo distraídamente en su mano izquierda y su pie derecho mantenía abiertas las páginas de su libro de códigos personal.

—Usted ha dicho que él nunca en su vida ha pensado en alguien más —respondió—. En todo lo demás, puede decir lo que quiera de él, pero en eso está equivocado porque salvó mi vida.

Cambié de mano para poder sorber mi café.



—¿Algo que quiera contarme?

Se encogió de hombros.

—Nada que no se le haya ocurrido ya, probablemente. Quiero decir, probablemente se ha preguntado por qué un ojo-hinchado está sirviendo como primer oficial a bordo esta nave, ¿no? —Cuando mi boca se mantuvo abierta, sonrió un poco—. No se vea tan sorprendido. No somos telepáticos, los rumores en contrario... sólo que he escuchado la misma cosa durante los últimos años en que hemos estado juntos.

Jeri miró pensativa a través de las ventanas delanteras. Aunque estábamos fuera del Hueco de Kirkwood, no se podía ver ningún asteroide. El cinturón es mucho menos denso que lo que muchas personas piensan, así que todo lo que veíamos era un panorama ilimitado de estrellas, y Marte, una distante esfera rubicunda a babor.

—Sabe cómo se aparean los Superiores, ¿no? —preguntó por fin, todavía sin mirarme.

Sentí que mi cara enrojecía. En realidad, no lo sabía, aunque había fantaseado frecuentemente acerca de cómo Jeri me ayudaría a saberlo. Entonces me di cuenta de que estaba hablando literalmente.

—¿Los matrimonios arreglados de antemano?

Asintió.

—Todos muy cuidadosamente planificados para evitar la endogamia mientras se amplía el banco de genes tanto como sea posible. Permite alguna elección, por supuesto... nadie nos dice exactamente con quién debemos casarnos, mientras no sea dentro de nuestros propios clanes y tampoco Primarios.

Hizo una pausa para terminar su café, luego arrugó el bulbo y lo pateó a un costado con su pie derecho. Flotó en el aire, encontrando su propia órbita en miniatura dentro del compartimiento.

—Bien, a veces no resulta así. Cuando tenía veinte años me enamoré de un chico en Estación Descartes... un Primario, por desgracia. Al menos,

pensé que estaba enamorada...

Hizo una mueca, quitando su larga trenza de sus hombros delicados.

—En visión retrospectiva, supongo que sólo éramos buenos en la cama. A la larga no importaba, porque tan pronto como descubrió que me había embarazado, consiguió que el sindicato lo enviara a Marte. Estaban muy felices de hacerlo, para evitar...

—Una situación complicada. Ya veo. —Respiré hondo—. Dejándola con su niño.

Sacudió la cabeza.

—No. Ningún niño. Traté de tenerlo, pero el aborto espontáneo... de todos modos, cuanto menos diga sobre eso, mejor.

—Lo siento. —¿Qué más podía haber dicho? Ella debía haberlo sabido, ya que nunca tuvo éxito la cruce entre Superiores y Primarios. Había sido joven y estúpida; ambos son los pecados perdonables, especialmente cuando habitualmente ocurren al mismo tiempo.

Jeri suspiró.

—No importaba. Para aquel entonces, mi familia había renegado de mí, principalmente porque había quebrantado el compromiso hecho para mí con otro clan. Ambos clanes estaban escandalizados, y por consiguiente ninguno me quería. —Me miró con recelo—. La intolerancia trabaja en ambas direcciones, lo sabe. Vosotros nos llamáis ojos-hinchados, nosotros os llamamos simios, y yo había dormido con un simio. Un insulto en contra del ideal extrópico.

Cerró el libro de códigos, lo lanzó desde su pie izquierdo a su mano derecha, y lo metió en una red debajo de la consola.

—Así que estaba enterrada en Descartes. Una pequeña pensión, justo lo suficiente para pagar el alquiler, pero nada realmente para qué vivir. Supongo que esperaban que me convirtiera en prostituta... lo que hice, por poco tiempo... o que cometiera suicidio ritual y les evitara a todos la molestia.

—Eso es muy frío. —Pero no sin precedentes. Se podían encontrar algunos Superiores enterrados en el sistema interior, tristes casos que trabajaban en tareas serviles en LaGrange o en la Luna. Recordé un ojo-hinchado alcohólico que deambulaba por el bar de Sentimental Joe; tenía tatuadas unas alas de águila en la espalda, y gorroneaba bebidas a los turistas a cambio de llevar a cabo unas volteretas laterales a través del bar. Un águila con las plumas cortadas. Muy a menudo, uno escuchaba hablar de un Superior que terminó entrando en una esclusa neumática y presionando el botón de vacío. Nadie sabía por qué, pero ahora yo tenía una respuesta. Era la manera de un Superior.

—Eso es extropía para usted. —Ella se rió amargamente, luego se quedó callada por un momento—. Estaba considerando hacer un largo paseo —dijo por fin—, pero Bo me encontró primero, cuando yo... bueno, le hice propuestas deshonestas. Compró un par de tragos para mí y escuchó mi historia, y cuando terminé llorando me dijo que necesitaba un nuevo primer oficial. Nadie más trabajaría para él, así que me ofreció el trabajo, por tanto tiempo como me importara tenerlo.

—Y se ha quedado.

—Y me he quedado —terminó—. Para que conste, Sr. Furland, él me ha tratado con el mayor de los respetos, a pesar de lo que cualquiera puede haberle dicho. Nunca me he acostado con él, ni él me ha exigido que lo haga...

—¡Yo no...!

—No, por supuesto que no, pero usted probablemente se lo ha preguntado, ¿no? —Cuando me puse rojo, se rió otra vez—. Lo han hecho todos los que han trabajado en la *Comet*, y a veces les gusta contar historias sobre la ojo-hinchado y el gordo sucio, copulando en su cabina entre los cambios.

Sonrió, agitando la cabeza despacio.

—No es cierto... pero, a decir verdad, si alguna vez me lo pidiera, lo haría sin pensarlo dos veces. Le debo eso.

No dije nada durante un par de minutos. No sucede a menudo que un compañero de tripulación descargue su alma y Jeri me había dado mucho a considerar. Además de la lenta comprensión de que, ahora más que antes, me estaba sintiendo muy encariñado con ella.

Antes bajar, McKinnon me había dicho que activara el dispositivo externo de misiles, así que me impulsé hasta su estación y usé esa tarea menor para cubrir mi vergüenza.

Agregarle un EMP<sup>13</sup> a un carguero clase Ares era otro ejemplo de la imaginación recalentada de McKinnon. Cuando una vez pregunté por qué, me dijo que lo había comprado como excedente de guerra de la Marina Real Pax Astra en el 71, después del secuestro aéreo de la TBSA *Olympia*. Nadie había descubierto quién había tomado la *Olympia* —realmente, el secuestro no fue descubierto hasta cinco meses después, cuando la nave no tripulada llegó a Estación Ceres con sus bodegas de carga vacías—, pero se creía que era trabajo de exploradores libres desesperados por comida y suministros.

Tuve que cubrir mi sonrisa cuando McKinnon me dijo que estaba preocupado por los "piratas" que trataban de abordar la *Comet*.

Ponerle cuatro cabezas nucleares de 10k detrás de la sección de carga de la *Comet* era como armar una chalupa con radares infrarrojos. No era que McKinnon no hubiera estado encantado de que alguien tratara de robarle la nave —Capitán Futuro se Enfrenta a los Piratas de los Asteroides y todo eso—, pero estaba preocupado porque podía abrir fuego contra algún explorador fuera de rumbo que desafortunadamente se cruzara en su camino.

Se me ocurrió otra idea.

—Cuando él la escogió... hum, cuando usted se alistó como primer oficial... ¿era consciente de que él no tiene una firme conexión con la realidad?

Jeri no respondió a mi pregunta inmediatamente. Estaba a punto de

---

<sup>13</sup> EMP, External Missile Pod, dispositivo externo de misiles. (Nota del traductor)

repetirla cuando sentí un suave codazo contra mi brazo. Mirando hacia abajo, vi que su pie izquierdo se deslizaba y que sus dedos presionaban el interruptor de MISIL EN ESPERA que había olvidado.

—Sí —dijo—. En efecto, solía llamarme Joan... como en Joan Randall, la Novia de Curt Newton... hasta que conseguí que dejara de hacerlo.

—¿De veras?

—Hum-hmm. —Descansó su pierna derecha contra el respaldo de mi silla—. Considérese con suerte si no lo llama Otho o Grag. Solía hacerlo con otros tripulantes hasta que le dije que nadie entendía la broma. —Sonrió abiertamente—. Usted debe tratar de leer algunas de esas historias, alguna vez. Las ha cargado en el anexo biblioteca de El Cerebro. No es gran literatura, seguro... a decir verdad, son algo absurdas... pero para ser las primeras de ciencia ficción del siglo veinte, son...

—¿Ciencia qué?

—Ciencia ficción. Así solían llamar antes a la fantasía... bien, no importa. —Retiró la pierna y la dobló debajo de su trasero mientras miraba otra vez por la ventana—. Mire, sé que Bo puede ser raro la mayor parte del tiempo, pero usted tiene que darse cuenta de que es un romántico clavado en una época en que la mayoría de las personas ya ni siquiera sabe qué significa la palabra. Quiere acciones heroicas, aventuras de capa y espada, grandes aventuras... quiere ser un héroe.

—Huh-huh. Bo McKinnon, héroe de espacio. —Traté de transplantarlo en las portadas de revista que había enmarcado en la cocina: empuñando una arma de rayos en cada mano, defendiendo a Jeri de monstruos devastadores. No funcionó, excepto para hacerme sofocar una carcajada.

—Que no es demasiado pedir, ¿no? —Había tristeza en sus ojos cuando me echó un vistazo. Antes de poder quitarme la sonrisa de la cara, volvió su mirada a las ventanas—. Quizás por eso. Ésta no es una época de héroes. Movemos rocas de un lugar a otro a través del sistema, ponemos dinero en el banco, y nos felicitamos por nuestro ingenio. Hace ciento cincuenta años, lo que estamos haciendo ahora eran cosas de los sueños, y las personas que

lo hacían eran más grandes que la vida. Eso es lo que encuentra tan atractivo en esas historias. Pero ahora...

Dejó salir su respiración.

—¿Quién puede culpar a Bo por querer algo que no puede tener? Está atrapado en un carguero de segunda mano con una ex-puta como primer oficial y un segundo oficial que lo desprecia abiertamente, y es el blanco de cada broma desde la Tierra a Jápeto. No le asombre que abandone todo para responder a una señal de auxilio. Ésta podría ser la única posibilidad que tenga.

Estaba a punto de responder que mi única oportunidad de tener un trabajo en una nave decente se me estaba resbalando entre los dedos cuando su consola emitió una doble señal sonora. Un momento después, la voz de El Cerebro llegó desde el parlante del techo.

*—Perdóneme, pero están programadas unas maniobras de rectificación de curso. ¿Desea que las ejecute?*

Jeri hizo girar su silla.

—Está bien, Cerebro. Lo haremos por control manual. Dame las coordenadas.

La IA respondió mostrando una cuadrícula tridimensional sobre su pantalla plana.

—¿Quiere que haga algo? —pregunté, aunque era obvio que controlaba bien la cuestión.

—Tengo todo cubierto —dijo ella, y sus largos dedos escribían las coordenadas—. Duerma un poco, si quiere. —Lanzó una sonrisa rápida por encima del hombro—. No se preocupe. No le diré a Bo que usted dormitó en su silla.

Fin de la conversación. Además, era una buena idea. Giré la silla, me abroché el cinturón de seguridad y metí las manos en mis bolsillos así no se moverían en caída libre. Podía pasar un rato antes de volver a tener la oportunidad; en cuanto llegáramos a 2046-Barr, el Capitán Futuro estaría de

regreso sobre cubierta, gritando órdenes y además haciendo mi vida dolorosa.

Ella me había contado mucho sobre Bo McKinnon, pero nada de lo que había escuchado me provocaba mucho cariño por el hombre. Tanto como me interesaba, él todavía era el estúpido más grande que había conocido... y si había alguien a bordo de la TBSA *Comet* que merecía mi compasión, era Jeri Lee-Bose, que estaba para mejores cosas que éstas.

Mientras cerraba mis ojos, se me ocurrió que la silla del capitán me quedaba mucho mejor que a McKinnon. Un día, quizás tendría dinero suficiente en el banco para comprarla. Sería interesante ver si tomaba las órdenes tan bien como las daba.

Era una idea cálida y reconfortante, y me abracé a ella como una almohada mientras me quedaba dormido.

\* \* \* \*

*¡Mire, Arraj... es un meteorito! —gritó el marciano más joven con excitación—. ¡Y hay una nave guiándolo!*

*Los dos observaron por un momento el increíble espectáculo. La creciente mancha negra era claramente un meteorito gigante, acelerando ahora a tremenda velocidad hacia Marte. Y junto al imponente meteorito volaba una oscura nave espacial, lanzando rayos sobre la gran mole.*

*La nave estaba propulsando el meteorito hacia Marte.*

*—Hamilton: El Desafío del Capitán Futuro (1940)*

Varias horas después, la *Comet* llegó a 2046-Barr.

El asteroide se parecía mucho a la holo que el tanque había dibujado — una enorme roca de color de carbón—, pero la propia *Oro del Tonto* era la nave espacial más grande que había visto cerca de una colonia LaGrange. Era una gigantesca máquina fijada a un extremo de la mole del asteroide que reducía a la *Comet* al tamaño un yate junto a un trasatlántico.

Una gigantesca máquina, y aparentemente sin vida. Nos acercamos al

controlador de masa con gran precaución, teniendo cuidado de evitar su popa para no quedar atrapados por el torrente de escombros que su cañón expulsaba constantemente. Ésa era la única señal aparente de actividad; aunque la luz brillaba tenuemente desde los portales de la esfera giratoria de comando, no podíamos detectar ningún movimiento dentro de las ventanas, y la radio permanecía tan silenciosa como lo había estado las últimas dieciocho horas.

—Mire allá. —Señalé hacia la bahía del hangar a través de la ventana; era un amplio amarradero dentro del casco principal con forma de barril justo delante del cañón. Las puertas estaban abiertas, y mientras la *Comet* pasaba despacio pudimos ver el explorador y los dispositivos de servicio estacionados en sus cunas—. Todo está ahí. Incluso los salvavidas todavía están en su lugar.

Jeri inclinó la cámara sobre la extensión telemétrica hasta que pudo ver dentro de la bahía. Sus amplios ojos se estrecharon mientras estudiaba un acercamiento sobre una pantalla plana.

—Eso es raro —murmuró—. ¿Por qué habrían despresurizado la bahía y abierto las puertas si ellos no...?

—¡Terminad con eso, vosotros dos!

McKinnon estaba sujeto en su silla, del otro lado de la estación de servicio de Jeri Lee.

—No importa por qué lo hicieron. Sólo mantenga los ojos atentos a los piratas... podrían estar ocultándose en algún lugar cercano.

Decidí permanecer en silencio mientras piloteaba la *Comet* más allá de los pesados brazos de anclaje del controlador de masas y por encima del extremo del asteroide. Desde que McKinnon había vuelto al puente una hora atrás —después de la ducha y el tranquilo desayuno que yo mismo me había negado—, había estado montando el caballo de su pasatiempo favorito: unos piratas de asteroides se habían apoderado del control de la *Oro del Tonto* y tomado a su tripulación como rehén.

Eso a pesar del hecho de que no habíamos descubierto otra nave



espacial durante nuestro largo viaje y que ahora no se podía ver a ninguna en las inmediaciones del asteroide. También podía argumentarse de manera lógica que la tripulación de cuatro personas de una nave exploradora tendría que hacer un gran esfuerzo para vencer a una tripulación de doce personas de un controlador de masas, pero la lógica representaba muy poco para el Capitán Futuro. Su mano izquierda se apoyaba sobre la consola cerca de los controles del EMP, muriéndose por lanzar un misil nuclear hacia la nave pirata que aseguraba que estaría acechando a la sombra del asteroide.

Sin embargo, cuando completamos la vuelta alrededor de 2046-Barr, no había nada que descubrir. A decir verdad, nada se movía en absoluto, salvo el mismo asteroide...

Se me ocurrió una idea.

—Hey, Cerebro —dije en voz alta—, ¿tienes la posición del controlador de masa y la orientación?

*—Afirmativo, Sr. Furland. Es uno-siete-seis X-rayos, Yankee dos...*

—¡Sr. Furland! —soltó McKinnon—. No le di la orden de...

Lo ignoré.

—Saltea los números, Cerebro. Sólo dime si todavía está en curso hacia la Luna.

Hubo una corta pausa.

*—Negativo, Sr. Furland. La Oro del Tonto ha modificado su trayectoria. De acuerdo con mis cálculos, hay una probabilidad de setenta y dos punto uno de que esté ahora en curso de colisión con el planeta Marte.*

Jeri se puso pálida mientras retenía el aliento, e incluso McKinnon no tuvo nada que decir.

—Muéstralo en el tanque —dije mientras giraba mi silla para mirar hacia la mesa de navegación.

El tanque se encendió, exhibiendo un diagrama holográfico de la actual posición de la *Oro del Tonto* en relación con la hora sideral marciana. Marte todavía estaba a media U.A. de distancia, pero cuando El Cerebro trazó una

curvada línea naranja a través del cinturón, vimos que claramente interceptaba el planeta rojo en su órbita alrededor del Sol.

El cerebro tradujo la matemática que había mostrado en una caja junto a la cuadrícula tridimensional.

*—Suponiendo que su delta-ve actual permanezca libre, en doscientas treinta y seis horas, doce minutos, y veinticuatro segundos, 2046-Barr chocará contra Marte.*

Hice un poco de aritmética en mi cabeza.

—Eso es aproximadamente diez días a partir de ahora.

*—Nueve punto ochenta y tres días estándares de Tierra, para ser exacto.*

El Cerebro amplió la imagen de Marte hasta que llenó el tanque; un círculo aparecía en un lugar justo encima del ecuador.

*—El punto estimado del impacto será aproximadamente doce grados norte, sesenta y tres grados oeste, cerca del borde del Lunae Planum.*

—Justo al norte de Valles Marineris —dijo Jeri—. Oh Dios, Rohr, eso está cerca de...

—Lo sé. —No necesitaba un curso de repaso de geografía planetaria. El punto de impacto estaba en las llanuras bajas sobre Valles Marineros, a sólo unos cien kilómetros al noreste de Estación Arsia, para no mencionar que aun más cerca de las pequeñas poblaciones esparcidas alrededor del vasto sistema del cañón. Por lo que yo sabía, ahora podía haber un pequeño pueblo minero sobre el mismo Lunae Planum; Marte estaba siendo colonizado tan rápidamente en estos días que era difícil estar al tanto de dónde un grupo de su medio millón de habitantes decidía plantar un reclamo y llamarse Nueva Chattanooga o como sea.

—¡Sabotaje! —gritó McKinnon. Se desabrochó el arnés y se acercó a la mesa de navegación, donde observó la holo—. ¡Alguien ha saboteado el controlador de masas con el propósito de que choque contra Marte! ¿Se da cuenta...?

—Cállese, Capitán. —No necesitaba que sus exageraciones me dijeran

qué sucedería... cuando... 2046-Barr cayera en medio del Lunae Planum.

El ecosistema marciano no era tan débil como el de la Tierra. Efectivamente, era mucho más imprevisible, como fue demostrado en última instancia con el intento en los 50 de terraformar el planeta y hacer el clima más estable. Sin embargo, los colonizadores de Marte que todavía se quedaron después de la derrota habían llegado a depender de sus patrones estacionales para cultivar, mantener granjas solares, continuar las operaciones de minería y las otras actividades que aseguraban su supervivencia básica.

Era un tipo de existencia muy débil que dependía del pronóstico conservador de los cambios climáticos. El impacto de un asteroide de tres kilómetros en su región ecuatorial lanzaría todo eso directo al servicio de abono. Los temblores localizados y tormentas de polvo serían solamente el comienzo; morirían doscientas o trescientas personas, pero lo peor estaría aún por venir. La cantidad de polvo que se levantaría hacia la atmósfera por la colisión ocultaría el cielo por meses enteros, causando que las temperaturas globales cayeran desde Olympus Mons hasta Hellas Plantia. Por consiguiente, quedarían afectados toda la agricultura y el suministro de energía, para decirlo suavemente, mientras los sobrevivientes sólo podían esperar hambre, frío y oscuridad.

No era exactamente el día del juicio final. Algunas colonias aisladas podrían arreglarse con la ayuda de los refuerzos de emergencia de la Tierra. Pero Marte dejaría de existir como el mayor mundo colonial de la humanidad.

McKinnon todavía era paralizado sobre el tanque de holo, pinchando a Marte con su dedo mientras despotricaba contra saboteadores y piratas del espacio y Dios sabe qué más, cuando me volví hacia Jeri. Había tomado el timón en mi ausencia, y cuando la *Comet* se acercó a la *Oro del Tonto* otra vez, estudié atentamente el controlador de masas en la pantalla plana.

—Está bien —dije calmadamente—. La bahía del hangar está fuera... no podemos enviar el bote ahí mientras esté despresurizado y las cunas están llenas. Tal vez si...

Ella iba delante de mí.

—Hay un collar auxiliar de anclaje aquí —dijo, señalado una entrada sobre la sección que conducía a la esfera de comando—. Será duro, pero pienso que podemos meternos allí.

Miré la pantalla. Efectivamente, sería difícil. A pesar de que la *Comet* tenía un adaptador universal de anclaje, el carguero no había sido diseñado para empalmar con una nave tan grande como la *Oro del Tonto*.

—Será sumamente riesgoso —dije—. Si podemos forzar el brazo telemétrico, sin embargo, podríamos hacerlo.

Asintió.

—Podemos hacer eso, no hay problema... excepto que implica perder contacto con Ceres.

—Pero si nosotros atracamos —respondí—, entonces alguien tiene que ir en Eva y tratar de entrar en una esclusa neumática de servicio.

Sabiendo que ese alguien probablemente sería yo, no disfruté mucho de la idea. Un paseo espacial sin correa entre dos naves en aceleración es al menos una empresa incierta. Por otro lado, cortar nuestro enlace radial con Ceres bajo estas circunstancias, probablemente no era una buena idea. Si nosotros la cagábamos de alguna manera importante, entonces nadie en Estación Ceres sería informado de la situación, y la advertencia temprana de Ceres a Estación Arsia podría salvar algunas vidas si la evacuación de pobladores cercanos a Lunae Planum se empezaba lo bastante pronto.

Tomé una decisión.

—Atracaremos —dije, girando en mi asiento hacia la consola de comunicaciones—, pero primero enviaremos un mensaje a Ceres, dejándoles saber qué...

—¡Hey! ¿Qué están haciendo ustedes dos?

El Capitán Futuro finalmente había decidido ver lo que los Hombres del Futuro estaban haciendo a sus espaldas. Pateó la mesa de navegación y se impulsó, agarrándose de los respaldos de nuestras sillas con ambas manos

para cernerse sobre nosotros.

—No he dado ninguna orden, y en mi nave no se hace nada sin mi...

—Bo, ¿ha escuchado lo que hemos estado diciendo? —La expresión de Jeri era cuidadosamente neutral mientras le miraba—. ¿Ha escuchado alguna palabra de lo que Rohr o yo hemos dicho?

—Por supuesto, yo...

—Entonces usted sabe que éste es el único recurso —dijo, todavía hablando tranquilamente—. Si nosotros no nos anclamos a la *Oro*, entonces no tendríamos oportunidad de cerrar el cañón o cambiar su curso.

—Pero los piratas. ¡Podrían...!

Suspiré.

—Mire, métaselo en la cabeza. No hay...

—Rohr —interrumpió Jeri, lanzándome una severa mirada que me hizo callar. Entonces atravesó a McKinnon otra vez con sus amplios ojos azules—. Si hay piratas a bordo de la *Oro* —dijo pacientemente—, los encontraremos. Pero ahora mismo, no es algo que podamos solucionar disparando misiles. Rohr tiene razón. Primero, enviamos un mensaje a Ceres, los dejamos saber qué está ocurriendo. Luego...

—¡Sé eso!

—Luego, tenemos que anclarnos con...

—¡Sé eso! ¡Sé eso! —Su pelo grisiento se dispersó en todas direcciones mientras agitaba la cabeza en frustración—. Pero yo... yo no di las órdenes y...

Paró, mirándome hoscamente con rabia inmadura, y repentinamente me di cuenta de la verdadera razón de su cólera. Su segundo oficial subordinado, a quien ha acosado y castigado constantemente durante doce semanas, se había puesto presumido llegando a una solución que lo había eludido. Peor aún, lo había hecho con la cooperación de su primer oficial, que había coincidido tácitamente con él en todas ocasiones previas.

Sin embargo, éste no era un tema insignificante como verificar la bomba

principal de combustible o limpiar la cocina. Incontables vidas estaban en peligro, el tiempo se estaba acabando, y mientras estaba vomitando disparates obvios sobre los piratas del espacio, el Señor Furland estaba tratando de tomar el mando de su nave.

Si hubiera tenido un láser convenientemente colocado en mi cinturón, yo habría resuelto la discusión mandándole algunos voltios y atando su culo muerto a su preciada silla, y por tanto permitiendo que Jeri Lee y yo continuáramos nuestro trabajo sin trabas. Pero debido a que un motín abierto está en contra de mis principios, transigir era mi única arma ahora.

—Solicito su perdón, Capitán —dije—. Usted tiene razón. Usted no me ha dado órdenes, y me disculpo.

Entonces di media vuelta en mi silla, crucé las manos sobre mi regazo, y esperé.

McKinnon aspiró. Miró a través de las ventanas a la *Oro del Tonto*, miró sobre su hombro una vez más el tanque de holo, sopesando las pocas opciones disponibles contra la masa de su ego. Después de demasiados segundos desperdiciados, llegó a una decisión final.

—Muy bien —dijo. Se soltó de nuestras sillas y se impulsó hasta su asiento acostumbrado—. Señorita Bose, prepárese para anclarnos a la *Oro del Tonto*. Sr. Furland, prepare la antecámara de la escotilla principal y prepárese para ir en Eva.

—A las órdenes, señor —dijo Jeri.

—Hum, sí... a las órdenes, señor.

—Mientras tanto, enviaré un mensaje a Estación Ceres y les informaré de la situación antes de que perdamos contacto. —Satisfecho por haber llegado a una decisión correcta, colocó las manos sobre los brazos de la silla—. Buen trabajo, Hombres del Futuro —añadió—. Lo habéis hecho bien.

—Gracias, Capitán —dijo Jeri.

—A sus órdenes, señor. Gracias. —Desabroché el arnés de mi asiento y me impulsé hacia la escotilla del puente, tratando de no sonreír.

Una pequeña victoria. Insignificante como parecía entonces, yo no tenía idea de que mi vida dependería de ella.

\* \* \* \*

*Se sentó en la silla del piloto y dirigió la Comet a través de la zona hacia la posición computada del asteroide invisible.*

*—¡Nos verán acercándonos, seguramente! —advirtió Ezra—. El Mago de Marte no nos dará ninguna oportunidad, Capitán Futuro.*

*—Vamos a usar una estratagema para llegar a ese asteroide sin que sospeche —informó Curt—. Mire.*

*—Hamilton: El Mago de Marte (1941)*

Soy una criatura de hábitos, por lo menos en lo que se refiere a los procedimientos de seguridad establecidos, y por tanto fue por hábito que me puse un traje EVA antes de cruzar la esclusa neumática de la *Comet* e ingresar en la *Oro del Tonto*.

Por un lado, llevar el voluminoso traje espacial dentro de una nave espacial presurizada es estúpidamente redundante, y los paneles dentro de la esclusa neumática me informaron que había presión positiva del otro lado de la escotilla. Sin embargo, se podía argumentar que los sensores de la antecámara de compresión podrían estar fuera de servicio y que no había nada sino innegable vacío dentro del lugar; esto ha ocurrido en ocasiones anteriores, aunque raramente, y por ello han muerto algunas personas. En todo caso, el Manual General del Astronauta dice que debe llevarse un traje EVA cuando se aborda otra nave bajo condiciones inciertas y por tanto seguí las instrucciones.

Hacerlo salvó mi vida.

Me fui solo, dejando a Jeri y a McKinnon dentro del carguero. La escotilla me llevó más allá de la esclusa neumática de la *Oro* hacia el túnel de acceso al conducto central, el cual estaba desocupado. Conecté los micros externos del casco y no escuché nada más que el murmullo habitual del sistema de

ventilación, una prueba adicional de que los compartimentos de la tripulación de la nave todavía estaban presurizados.

En ese momento pude haberme quitado el casco llevándolo colgado de una correa del cinturón utilitario. A decir verdad, la única razón de no hacerlo fue que no quería que anduviera dando golpes por todas partes mientras pasara por la transportadora que estaba al final del túnel a mi derecha. Además, el silencio del túnel me daba escalofríos. Seguramente alguien habría notado el imprevisto anclaje de un carguero clase Ares, y más aun tan lejos de Ceres. ¿Por qué no había un oficial esperando en la antecámara para masticarme por arriesgar una colisión contra su preciada nave?

La respuesta vino después de pasar la transportadora y entrar en la esfera de comando giratoria. Allí encontré el primer cadáver.

Un hombre desnudo colgaba patas arriba en un acceso abierto, sus brazos flácidos balanceándose encima de un amplio charco de sangre sobre la cubierta. Era difícil ver su cara porque la sangre que la había teñido de carmesí provenía de un profundo corte con forma de cimitarra en su cuello. Mirando hacia arriba a través de la boca de acceso, vi sus pies atados prolijamente con un cordón elástico que estaba sujeto a su vez a un conducto en el techo del corredor.

Debido a que no había manchas de sangre por debajo de los hombros, era obvio que su garganta había sido cortada después de que ser colgado del conducto. La sangre estaba seca —la mayor parte, de todos modos—, y el cuerpo estaba tieso. Había estado así durante bastante tiempo.

Informé a Jeri y McKinnon lo que había encontrado y luego empujé el cuerpo fuera del camino para continuar por el corredor.

Por favor compréndame si todo lo que le digo suena fríamente metódico, aun insensible. Primero, si usted ha trabajado en el espacio tanto tiempo como yo —es decir, toda mi vida— entonces la muerte, sin importar qué horrible pueda ser, no es una desconocida. La primera vez que vi a un hombre morir yo tenía nueve años, cuando un micro-meteorito, uno en un millón, atravesó el visor del casco de uno de mis maestros mientras nos



estaba conduciendo en un viaje de estudio hacia donde Apolo 17 había aterrizado en Taurus Lithrow. Desde entonces, he visto los espeluznantes resultados de la descompresión explosiva, de la fatal sobre-exposición a radiación, de anómalos accidentes mineros, de los descuidados procedimientos de colocación de trajes, de los incendios en naves y de las electrocuciones; incluso cuando alguien se atragantó con su propio vómito después de consumir demasiado vodka durante una fiesta de cumpleaños. La muerte viene con todos nosotros; si usted es cuidadoso y prudente, todo lo que puede hacer es asegurarse de que no sea demasiado dolorosa y de que nadie se vea obligado a cargar con un desorden a limpiar.

Segundo: si ahora intentara describir todos y cada uno de los cuerpos que descubrí mientras me abría paso a través de la *Oro del Tonto*, el resultado no solamente sería arbitrariamente placentero para aquellos que se revuelcan en tales detalles, sino que nunca podría terminar este testimonio.

Para ponerlo sucintamente, la esfera de comando de la *Oro del Tonto* era un matadero.

Encontré diez cuerpos más, cada uno más horripilante que el anterior. Estaban en las cabinas de la tripulación y en los pasillos, en la cocina y en el comando, en el salón de recreo y la oficina del intendente.

La mayoría estaban solos, pero dos de ellos estaban juntos, cada uno aparentemente muerto por las heridas que le había afligido el otro: un hombre y una mujer, que habían tratado de cortarse con cuchillos de la cocina cercana.

Un par de cuerpos estaban desnudos, como el primero, pero la mayoría estaba completa o parcialmente vestida. En su mayor parte, habían muerto por puñaladas o golpes, por medio de algo que podía ser usado como un arma, ya sea un bolígrafo, un destornillador, o la llave inglesa de un plomero.

Una mujer tuvo mejor suerte. Se había suicidado colgándose con una sábana enrollada que había lanzado por encima de una puerta. Espero que se haya estrangulado antes de que quien encontrara su cuerpo le quitara el

brazo derecho con el soplete cortador que había cerca.

Mientras subía la escalera, metía el casco a través de las escotillas y caminaba sobre cadáveres tiesos, mantuve un monólogo constante, informando a la *Comet* dónde estaba exactamente dentro de la nave y qué acababa de encontrar. No hice ninguna especulación respecto al por qué de esta carnicería, sólo para anotar que los cuerpos parecían razonablemente frescos y que la mayoría de las manchas de sangre estaban secas.

Y había sangre por todos lados, salpicada sobre las paredes, empapando las alfombras y goteando de las juntas, hasta que ya no parecía sangre sino pintura roja derramada. Me alegré de haberme quedado con el casco puesto, porque la visera me brindaba distancia de la carnicería y el olor fétido me habría puesto aun más enfermo de lo que estaba.

Aunque escuchaba ocasionalmente algún grito o exclamación de Jeri a través de mis auriculares, después de un rato ya no pude detectar la voz de McKinnon. Supuse que se había ido a algún lugar privado para vomitar. Esto era comprensible; la violencia a mi alrededor era conmovedora.

Había cuatro cubiertas en la esfera de comando, una encima de la otra. Cuando llegué a la superior, había contado once cadáveres. Recordando que McKinnon había dicho que la dotación completa de la *Oro del Tonto* era de doce, empecé a preguntarme dónde estaba el último cuerpo.

La escotilla que conducía al puente estaba sellada; usé el soplete de rayo láser de mi cinturón para cortar la cerradura. Cuando agarré el volante y lo forcé, hizo un chirrido apagado; fue en ese momento que escuché un golpeteo sordo y metódico, casi rítmico, como si algo estuviera batiendo contra un tabique.

Primero pensé que era otro ruido de fondo de la misma nave, pero cuando abrí la escotilla, el ruido que hizo interrumpió el ritmo.

Me detuve, manteniendo la escotilla entreabierta mientras escuchaba atentamente. Oí una risita tonta, apagada, luego recomenzó el sonido sordo.

Alguien estaba vivo dentro del puente.

El centro de comando estaba débilmente iluminado; con los

fluorescentes apagados, la única luz provenía de las computadoras, pantallas e interruptores multicolores. La cubierta estaba en ruinas, como si hubiera habido una explosión, aunque el indicador externo me dijo que todavía había presión: sillas patas arriba, libros de códigos y manuales rasgados y desparramados sobre el piso, los restos de una camisa ensangrentada.

El ruido sordo continuaba. Buscando su origen invisible, encendí la lámpara del casco y caminé en su rayo con los ojos de un lado al otro mientras buscaba al único superviviente de la *Oro del Tonto*. Estaba en medio del puente cuando mi vi algo garabateado a través de un tabique. Dos palabras, escritas con un dedo sangriento a través de la superficie gris:

## **PLAGA DE TITÁN**

Fue entonces que supe que llevar un traje EVA había salvado mi vida.

Temblando dentro de sus capas aislantes, crucé el puente desierto, buscando al último tripulante de la *Oro del Tonto*.

Lo encontré en la esclusa de emergencia, encogido en un rincón junto a la escotilla, con las rodillas recogidas hasta su barbilla. El mono que llevaba estaba surcado de sangre, pero todavía pude distinguir las estrellas de capitán sobre sus charreteras. Sus ojos desconfiados se dolieron ante la intensa luz de mi lámpara, y se rió tontamente como un niño pequeño que ha sido atrapado explorando los cajones del tocador de su madre.

Y luego continuó golpeando la cubierta con el brazo humano cortado que sujetaba en su mano izquierda.

No sé cuánto tiempo estuve mirándolo. Unos segundos, varios minutos, quizás más. Jeri estaba diciendo algo que yo no podía comprender; no prestaba atención, ni podía responder. Fue entonces cuando escuché otro ruido —era el sonido apagado de la escotilla abriéndose detrás de mí— y quité mis ojos del capitán loco de la *Oro del Tonto*.

Bo McKinnon.

Me había seguido desde la *Comet*.

Y, como idiota que era, no llevaba un traje EVA.

\* \* \* \*

*La pequeña nave con forma de lágrima, la Comet, salió a máxima velocidad hacia la Tierra y su llamado urgente. El Capitán Futuro pensó melancólicamente en cuántas veces que había respondido a ese llamado. Cada vez, él y los Hombres del Futuro habían sido convocados a combatir peligros mortales. ¿Sería así esta vez?*

*No podemos ganar siempre, pensó con gravedad.*

*Hemos tenido suerte, pero las leyes de la estadística eventualmente se volverán contra nosotros.*

*—Hamilton; El Triunfo del Capitán Futuro (1940)*

A pesar del nombre, nadie sabe el origen exacto de la Plaga de Titán.

Fue contraída por primera vez por los miembros de la expedición *Hershel Explorer* en el 2069, durante el desafortunado intento de Pax de establecer un puesto de investigación en Titán. Aunque después se elaboraron algunas teorías acerca de que el virus era autóctono del mismo Titán, el hecho de que prosperara en un ambiente de oxígeno-nitrógeno llevó a muchas personas a especular que la Plaga se había originado en algún lugar fuera de la atmósfera de nitrógeno-metano de Titán.

Incluso hubo rumores de que la expedición había tropezado con una raza extra-solar en Titán y que la Plaga había venido de Ellos... pero, por supuesto, era sólo un rumor.

A pesar de todo, los hechos indisputables son éstos: cuando la PARN *Hershel Explorer* regresó al sistema interior, la mayor parte de su tripulación se había vuelto loca por un virus aerotransportado. La única razón por la que los tres miembros de la expedición, incluyendo al comandante de la nave, no estaban infectados era porque se habían encerrado dentro del centro de comando, donde sobrevivieron con los suministros de oxígeno de emergencia, y racionaron cuidadosamente la comida y el agua. La mayor parte de los miembros no encerrados se mataron durante el largo viaje de regreso a casa; aquellos que no lo hicieron, se murieron en agonía cuando la

enfermedad en su estado final pudrió sus cerebros.

En cuanto la *Hershel Explorer* llegó al cinturón de asteroides, los supervivientes la estacionaron en órbita alrededor de Vesta y usaron un bote salvavidas para escapar. Tres meses después, la *Hershel Explorer* fue destruida por la PARN *Intrepid*. Para aquel entonces, la Reina Macedonia había decretado que no serían enviadas otras expediciones a Titán y que cualquier nave que intentara atracar allí sería destruida por la Flota de Su Majestad.

Sin embargo, a pesar de las precauciones hubo algunos brotes aislados de la Plaga de Titán, aunque infrecuentes y confinados a colonias del sistema exterior. Nadie supo exactamente cómo la enfermedad se extendió desde la *Hershel Explorer*, aunque se creía que había sido llevada por los mismos sobrevivientes a pesar de la descontaminación rigurosa. Aunque los primeros síntomas se parecían al resfrío común, la demencia homicida que seguía rápidamente era inconfundible. Cuando alguien contraía la Plaga, no había ninguna otra alternativa que aislarlo, retirar todo lo que podía ser usado como arma, y esperar hasta que se muriera.

Nunca se encontró ninguna cura.

De algún modo, de una manera que nunca sabríamos, la Plaga había llegado a bordo de la *Oro del Tonto*. Dentro de los límites del controlador de masas, se había extendido por toda la nave, volviendo loca a su tripulación antes de que se dieran cuenta de qué los había golpeado. Quizás el capitán lo había imaginado; sin embargo y a pesar de sus precauciones, también estaba infectado.

Yo estaba seguro porque llevaba un traje espacial mientras exploraba la nave. Pero Bo McKinnon...

El Capitán Futuro, Hombre del Mañana, héroe intrépido de las rutas espaciales. En su búsqueda de aventuras, McKinnon había entrado en la nave sin reflexionar y sin molestarse en usar un traje.

—¿Ha cerrado la antecámara de compresión? —le dije.

—¿Qué? ¿Huh? —Pálido, visiblemente conmovido por los horrores que

había visto, McKinnon estaba mirando al maniático encogido en la esclusa neumática detrás de nosotros—. ¿Antecámara de compresión? ¿Qué... cuál...?

Lo tomé por los hombros y lo sacudí tan duro que sus auriculares cayeron alrededor del cuello.

—¡La antecámara de compresión de la *Comet*! ¿La cerró detrás de usted, o la dejó abierta de par en par?

Incapaz de escucharme ahora, tartamudeó hasta que se dio cuenta de que sus auriculares estaban caídos. Torpemente volvió a ponérselos.

—¿La antecámara de compresión? Creo que sí, yo...

—¿Cree que sí? Imbécil, ¿acaso usted...?

—Furland, oh mi Dios... —Observó boquiabierto los destrozos a su alrededor—. ¿Qué les sucedió a estas personas? ¿Hicieron...? ¡Tenga cuidado!

Di media vuelta justo a tiempo para vislumbrar al loco mientras se ponía de pie. Aullando a todo pulmón, cargó hacia nosotros, agitando el brazo cortado como un bate de críquet.

Empujé a McKinnon a un lado. Mientras se repantigaba a través de la cubierta, agarré la escotilla de la antecámara de compresión y la cerré. Un instante después, la criatura golpeaba el lado opuesto de la escotilla. Casi logró abrirla, pero puse mi hombro contra ella. La escotilla resistió, y una vuelta de volante la cerró herméticamente; no obstante, podía sentir las sordas vibraciones mientras el loco daba golpes contra ella con su trofeo horroroso.

No podía mantenerlo encerrado para siempre. Tarde o temprano, encontraría el volante y recordaría cómo funciona. Quizás entonces pudiera vencerlo —si tenía suerte, teniendo en cuenta su rabia enloquecida—, pero incluso entonces, no me atrevía a llevarle a bordo de la *Comet*.

Había solamente una solución. Encontré el panel exterior de control y levanté la cubierta.

—Lo siento, señor —susurré al demente—. ¡Dios tenga piedad de nosotros dos!

Entonces presioné el interruptor que abría la escotilla exterior.

Las alarmas que sonaron a través del puente fueron la endecha funeral del pobre hombre. Hubo un largo silencio después de que las corté, finalmente roto por la voz de McKinnon.

—Sr. Furland, usted acaba de asesinar a ese hombre.

Me di la vuelta. McKinnon había logrado ponerse de pie; se sujetaba del respaldo de una silla y me miraba furioso con ojos indignados.

Antes de que pudiera responder, la voz de Jeri me llegó a través del comunicador.

*—Rohr, él cerró la antecámara de compresión al salir. La Comet no ha sido infectada.*

Dejé salir mi respiración. Por una vez, Bo había logrado hacer algo correcto y solo.

—Muy buena noticia, chica. Mantenla cerrada hasta que vuelva a bordo.

Me alejé de la antecámara de compresión hacia la estación de timonel, del otro lado del puente. McKinnon se plantó en mi camino.

—¿Me ha escuchado, Sr. Furland? —exigió con su nuez agitada debajo de la barba—. Usted acaba de matar a un hombre... ¡Lo vi hacerlo! Usted...

—No me lo recuerde. Ahora, salga de mi camino. —Lo empujé y marché hacia el timón.

Una de sus pantallas mostraba una carta esquemática de la posición del asteroide y curso estimado. Como sospechaba, alguien a bordo del controlador de masas había marcado deliberadamente el nuevo curso durante un ataque de locura. Probablemente, el mismo capitán, considerando el hecho de que se había encerrado aquí.

—¡Le estoy poniendo bajo arresto! —gritó McKinnon—. Bajo mi jurisdicción como agente de la Policía Planetaria, yo...

—No hay semejante cosa. —Me incliné sobre el teclado y comencé a trabajar accediendo a la computadora principal, con los dedos gruesos y torpes dentro de los guantes del traje—. Ninguna Policía Planetaria, ningún pirata de asteroide. Sólo una embarcación cuyos conductos de aire están infectados con la Plaga. Usted es...

—¡Soy el Capitán Futuro!

El virus ya debía haberle afectado. Podía haber verificado si estaba mostrando alguno de los síntomas similares al resfrío que se suponía eran las primeras señales de la Plaga, pero era la menor de mis actuales preocupaciones.

Sin importar lo que hacía, no podía acceder al programa del sistema de navegación central. Carecía de una contraseña que probablemente había muerto con una de las almas malditas a bordo esta nave, y ninguna de las cancelaciones funcionaba, ni los enlaces estándar tampoco. Estaba completamente encerrado, imposibilitado de modificar la velocidad o la trayectoria de la nave que estaba propulsando a 2046-Barr directo hacia Marte.

—¿Y de qué está hablando, eso de no permitir que nadie aborde la *Comet* hasta que usted dé la orden? —McKinnon ya no se estaba cerniendo sobre mí; había encontrado la silla del capitán fallecido y la había tomado como suya, como asumiendo el mando de una nave mucho más grande que su carguero miserable—. Soy el jefe de esta nave, no usted, y me estoy quedando a cargo hasta...

De acuerdo. El timón no obedecería nuevas instrucciones. Tal vez todavía era posible destruir a la *Oro del Tonto*. Accedí al subsistema de ingeniería y empecé a buscar una manera de cerrar el bucle principal del refrigerante del núcleo gaseoso del reactor y sus sistemas de seguridad redundantes. Si lo preparaba correctamente, quizás la *Comet* podría alejarse antes de que el reactor se sobrecargara... y si tuviéramos realmente buena suerte, la explosión podría sacar al asteroide fuera de rumbo.

—¿Rohr? —Jeri otra vez—. ¿Qué está ocurriendo allí?



No quería decirle, no con McKinnon escuchando nuestra comunicación.

Al sonido de su voz, él se puso de pie.

—¡Joan! ¡Él está trabajando para Ul Quorn, el mago de Marte! ¡Va a...!

—¡Maldita sea! —grité—. ¡Estoy trabajando! ¡Sólo ten la *Comet* lista para...!

Le escuché venir mucho antes de que me alcanzara. Me puse de pie y, lanzando mi brazo hacia atrás, le coloqué un golpe en su mandíbula peluda.

Lo detuvo, pero no lo mantendría así. McKinnon era un tipo grande. Se tambaleó hacia atrás con los ojos desenfocados mientras buscaba apoyo en la silla.

—Traidor —masculló, cubriéndose la boca con la mano izquierda—. Usted traidor, usted...

No tenía tiempo para esa mierda, así que le di otro puñetazo, esta vez directo en la nariz. El segundo golpe resultó; se tambaleó hacia atrás, rebotó contra la silla, y cayó horizontal, de espaldas.

—¿*Qué está haciendo?* —preguntó ella.

Incluso dentro del grueso forro de mis guantes, mis nudillos dolían como el mismo infierno.

—Algo que debía hacerse hace mucho tiempo —murmuré.

Inteligente frase. Gasté lo último de mi suerte de esa manera. Continué luchando con la consola del timón por varios minutos más antes de convencerme de lo inevitable. De la misma manera que los controles de navegación, el subsistema de ingeniería no obedecería a mis órdenes sin las contraseñas correctas. Era posible que estuvieran escritas en algún lugar, pero no tenía el tiempo o la inclinación de ir a buscar en los manuales de operaciones, especialmente porque la mayor parte de ellos estaban dispersos por el puente como tanta basura.

No estábamos sin opciones todavía. Había una alternativa final, una que el mismo McKinnon nos había dado.

Fue entonces cuando supe que el Capitán Futuro tenía que morir.

\* \* \* \*

*¡El Capitán Futuro está muerto!*

*La rugiente voz del enorme marinero espacial joviano y verde se impuso sobre las risas, conversaciones y tintineo de copas en ese atestado café de espaciales en Venusópolis. Clavó la mirada en su pequeño grupo de compañeros en la barra, como si les desafiara a refutarle.*

*Uno de los endurecidos espaciales, un pequeño mercuriano moreno, sacudió la cabeza pensativamente.*

*—No estoy tan seguro. Es cierto que los Hombres del Futuro han estado ausentes por meses. Pero son un grupo duro de matar.*

*—Hamilton: Proscritos de la Luna (1942)*

Mientras escribo, estoy de vuelta en la Luna, ocupando la mesa del rincón en Sentimental Joe. Se acerca la hora de cerrar; la multitud se ha reducido y el barman ha tocado la campana de la última llamada. Sin embargo, permitiré que me quede después de cerrar las puertas. Los héroes nunca son puestos en la calle con la gentuza, y no han faltado tragos gratis desde que regresé de Ceres.

Después de todo, soy la última persona que vio al Capitán Futuro vivo.

Los medios de difusión nos ayudaron mantener nuestra coartada. Después de todo, la historia tenía todo. Aventura, romance, sangre e intestinos, e incontables vidas en peligro. Más que nada, un noble acto de auto-sacrificio. Será un gran video. Ayer vendí los derechos.

Porque la han contado por todos lados, usted ya sabe cómo termina la historia. Dándose cuenta de que estaba mortalmente infectado con la Plaga de Titán, Bo McKinnon —disculpe, el Capitán Futuro—, dio instrucciones finales como oficial al mando de la TBSA *Comet*.

Me dijo que regresara a la nave, y que en cuanto estuviera sin peligro a bordo, ordenara a Jeri que se desconectara y llevara a la *Comet* tan lejos como fuera posible.

Al darnos cuenta de lo que pensaba hacer, tratamos de disuadirlo. Oh, y cómo discutimos y suplicamos, diciéndole que podíamos ponerle en bioestasis hasta el regreso a la Tierra donde los doctores podían intentar salvar su vida.

Sin embargo, al final McKinnon sólo cortó el comunicador para enfrentarse a su final con dignidad y gracia.

Una vez que la *Comet* estuvo lejos y sin peligro fuera del alcance, el Capitán Futuro ordenó a la computadora principal del controlador de masas que sobrecargara los reactores de la nave. Sentado en el puente abandonado, esperando a solas la cuenta regresiva, tuvo el tiempo suficiente para transmitir un mensaje final de coraje...

No me haga repetirlo, por favor. Es bastante triste que la Reina lo leyera en voz alta durante las exequias, pero ahora tengo entendido que será grabado en la base de una estatua dos veces el tamaño de McKinnon y que va a ser levantada en Estación Arsia. Jeri hizo su mejor parte cuando lo escribió, pero entre usted y yo, todavía pienso que es una completa estupidez.

De todos modos, la explosión termonuclear no sólo destruyó a la *Oro del Tonto*, sino que también modificó bastante la trayectoria de 2046-Barr. El asteroide pasó a unos cinco mil kilómetros de Marte; su paso fue registrado por el observatorio en Fobos, y las poblaciones en Meridiano Central informaron sobre la llovizna de micro-meteoros más grande en la historia de las colonias.

Y ahora Bo McKinnon es recordado como el Capitán Futuro, uno de los héroes más grandes en la historia de la humanidad.

Es lo menos que Jeri podía haber hecho por él.

Considerando que Bo había sido un idiota todo el tiempo hasta el final, yo podía haber tratado de reclamar el crédito, pero su fuerte voluntad prevaleció. Supongo que ella tiene razón; se vería mal si se sabía que McKinnon había terminado como un demente de atar que tuvo que ser noqueado por su segundo oficial.

De igual manera, nadie tiene que saber que cuatro misiles lanzados por la *Comet* destruyeron el reactor principal del controlador de masas causando la explosión que desvió a 2046-Barr de su curso fatal. Un dispositivo de armas vacío antes de que la *Comet* llegara a Ceres y un pequeño soborno a un burócrata menor de Pax, aseguraron que todos los registros de lo que había sido instalado en el carguero alguna vez, fueran borrados totalmente.

Apenas importa. Al final, todos consiguieron lo que querían.

Como primer oficial de la *Comet*, Jeri Lee se convirtió en su nuevo comandante. Me ofreció su puesto, y debido a que el trato con la *Comercio Joviano* se había ido por el drenaje acepté agradecido. No fue mucho después de que ofreciera mostrarme el resto de sus tatuajes, invitación que también acepté. Su clan todavía no hablará con ella, especialmente porque ahora planea casarse con un Primario, pero por lo menos sus colegas Superiores se han visto forzados a declararla como una de ellos.

Por ahora, la vida es buena. Hay dinero en el banco, nos hemos librado de nuestro estatus de ovejas negras, y no hay pocas compañías que quieran contratar a los legendarios Hombres del Futuro de la TBSA *Comet*. ¿Quién sabe? En cuanto nos cansemos de trabajar en el cinturón, tal vez nos instalemos y probemos un tiro para derrotar las probabilidades de esta cosa del cruzamiento de especies.

Y Bo consiguió lo que quería, aunque no vivió lo suficiente para disfrutarlo. Al hacerlo, quizás la humanidad consiguió lo que necesitaba.

Hay solamente una cosa que todavía me molesta.

Cuando McKinnon se puso loco a bordo de la *Oro del Tonto* y trató de atacarme, supuse que había contraído la Plaga. Ésa era una suposición correcta; se había infectado en cuanto atravesó la antecámara de compresión.

Sin embargo, más tarde me enteré de que la Plaga de Titán tardaba al menos seis horas en completar la incubación dentro de un ser humano, y ninguno de nosotros había estado a bordo de la *Oro del Tonto* ni la mitad de ese tiempo.

Si McKinnon estaba loco al final, no era debido a la Plaga. Hasta el día de hoy, no tengo idea de qué lo hizo saltar... a menos que creyera que estaba tratando de huir con su embarcación, su chica, y su maldita gloria.

Demonios, tal vez fue así.

Anoche, un muchacho nervioso —un peón de algún carguero LEO, con tarjeta del sindicato probablemente todavía sin usar—, se acercó sigilosamente a la barra y me pidió un autógrafo. Mientras estaba firmando la cubierta interior de su libro de códigos, me contó un extraño rumor que había escuchado recientemente: el Capitán Futuro había logrado escapar de la *Oro del Tonto* justo antes de explotar. De acuerdo con él, los exploradores del cinturón interior informan haber captado una nave en sus pantallas, cuyo piloto respondiera a sus llamadas como Curt Newton antes de perder la transmisión.

Pagué un trago al joven y le conté la verdad. Naturalmente, se negó a creerme, tampoco pude culparle.

Los héroes son difíciles de encontrar. Tenemos que darles la bienvenida siempre que aparecen entre nosotros. Usted deberá tener cuidado al escoger al tipo correcto, porque es fácil que alguien finja ser lo que no es.

El Capitán Futuro está muerto.

Larga vida al Capitán Futuro.

### **Nota del autor**

Aunque en gran parte olvidado al día de hoy, el Capitán Futuro fue un personaje de ficción popular en 1940. Creado por Better Publications, editor Mort Weisinger, durante la World Science Fiction Convention de 1939, Curt Newton fue protagonista de su propia revista durante varios años, y después en *Startling Stories*. Algunas novelas del Capitán Futuro fueron reimprimadas en rústica a fines de 1960: sin embargo, desde entonces el personaje ha desaparecido en la oscuridad.

Esta historia está dedicada al fallecido Edmond Hamilton, escritor de la

mayoría de las aventuras del Capitán Futuro.

El autor desea agradecer a Eleanor Wood, albacea testamentario de los derechos literarios de Hamilton, por el permiso de usar citas breves de sus historias del Capitán Futuro.